

“NAPOLEÓN”

(Los últimos días de Santa Elena)

Drama en dos actos

Original de JULIO MERINO



Junio de 1.974

NAPOLEÓN

LOS DIOSES TAMBIEN SE MUEREN

AUTOR: JULIO MERINO GONZALEZ

Premio Juan Valera (1966) y Nacional de Teatro (1973)

La acción transcurre en la residencia de Longwood,
que ocupa el exemperador Napoleón Bonaparte y
su pequeño séquito, en la isla de Santa Elena, en pleno
océano Atlántico.

Napoleón muere el 5 de mayo de 1821 tras un penoso
destierro que dura desde 1815 y una extraña enfermedad
que le va minado poco a poco su privilegiada fortaleza
física.

PERSONAJES

Por orden de aparición

- NAPOLEÓN
- EL OTRO (Luciano Bonaparte o la conciencia).
 - MARCHAND, el ayuda de cámara
 - EL CONDE DE MONTHOLON
- ESTRELLA (Que también es la emperatriz Josefina, la condesa de Montholon, Desirée y otras voces)
 - EL GOBERNADOR INGLES

(Y si se quiere o se puede insertar personal de relleno en la fiesta del final del primer acto y soldados que acompañen al Gobernador en sus entradas)

ACTO I

CUANDO SE LEVANTA EL TELON APARECE LA ESCENA DEL SIGUIENTE MODO: EN PRIMER PLANO, Y A LA IZQUIERDA DEL ESPECTADOR, HAY UN CABALLO DE MADERA-BALANCIN DE PROPORCIONES CASI NATURALES. A LA DERECHA HAY UNA ESCALERA EN FORMA SEMICIRCULAR. AL FONDO, EN OTRO PLANO. HAY UN ENORME VENTANAL QUE DEJA ENTREVER EL EXTERIOR. NO DEBE HABER LUJO, SINO MAS BIEN AL CONTRARIO... EN CUALQUIER CASO EL DIRECTOR QUEDA LIBRE PARA CREAR EL “CLIMAX” QUE DEBE IMPERAR.

MIENTRAS SE VA LEVANTANDO EL TELON SUENAN EFECTOS ESPECIALES QUE HACEN CREER EN EL AMANECER. LA LUZ ES TENUE Y CREPUSCULAR. LUEGO, MUY DESPACIO, CHIRRIA UNA PUERTA Y NAPOLEÓN APARECE EN LA PARTE ALTA DE LA ESCALERA. VISTE UN PIJAMA BLANCO Y LIADO A LA CABEZA LLEVA UN PAÑUELO DE MADRAS A CUADROS ROJOS. SOBRE EL PIJAMA, EL CAPOTE AZUL DE MARENGO Y EN SU MANO IZQUIERDA LA ESPADA DE AUSTERLICH. BAJA LA ESCALERA LENTAMENTE. CON GRAN ESFUERZO Y AHOGO. Y VA HACIA EL CABALLO DE MADERA, AL QUE SUBE SIRVIÉNDOSE DE UN BANCO CON DOS ESCALONES QUE EL MISMO ARRASTRA. CUANDO YA ESTA MONTADO EN EL CABALLO DE MADERA APARENTA QUE RECOBRA LA AGILIDAD Y SE BALANCEA.

Napoleón.- (empuñando la espada e irguiéndose sobre los estribos casi grita) ¡Steingel, Dessaix, Massena, Berthier, Augereau, Murat, Ney!... ¡Ah, la victoria se decide! ¡Id, corred, a la carga! ¡Son nuestros!... ¡Son nuestros!... (y se balancea insistentemente sobre el caballo de madera. Luego, prosigue)... ¡Pueblos de Italia, el ejército francés viene a romper vuestras cadenas: el pueblo francés es amigo de todos los pueblos. Venid con confianza a su encuentro, y vuestras propiedades, nuestra religión y nuestras costumbres serán respetadas... (tras una pausa). ¡Adelante mis valientes! ¡Por la libertad!...

El otro.- (que entró sigilosamente mientras Napoleón montaba en el caballo y se ha quedado arriba, apoyado en las cristaleras que dan al mar).
¡Bravo, Sire! ¡Bravo! (aplaudiendo) ¡Otra victoria! El mundo ya es casi vuestro... Cien mil muertos más y seréis el monarca del universo... ¡Viva la libertad!... (y en otro tono bien diferente).
Aunque, a decir verdad, Sire, esta mañana desentonáis un poco, vuestra voz es demasiado ronca...

Napoleón.- (en tono huraño) ¡Vete al infierno!... ¡Me molestas!. Ya te he dicho que no quiero verte en esta casa...

El otro.- Pero, Sire, ¿ por qué sois tan cruel conmigo?.
(avanza y se sienta en la escalinata). Nunca ningún servidor os fue tan fiel...

Napoleón.- Tu fidelidad no me interesa. Tus palabras me molestan y tu presencia me aburre...

El otro.- ¡Qué duros sois, Sire!. Antes me tratabais mejor. Se nota que la adversidad os ha cambiado.

Napoleón.- (como hablando consigo mismo). Los Reyes me han despojado de mi Imperio y me han arrancado de mi familia; los ingleses me han traicionado y me han sepultado en este lugar infecto... Todos se aliaron para luchar contra la Revolución... Pero, (pausa) ¡mis recuerdos son míos! ¡ Mi historia es mía!... Y nadie podrá ya, mientras quede un solo

hombre sobre la tierra, olvidarse de mi... ¡Yo soy Napoleón!

El otro.- (cortándole casi) ¡Habéis sido, Sire! ¡Habéis sido!. Ahora sois un vencido. Mejor dicho, un esclavo... Y los esclavos no tienen nombre.

Napoleón.- (sigue como si hablase solo). Mis victorias son invencibles. Nadie podrá con Lodi, con Arcole, con Rívoli, con Marengo, con Jena, con Friedland, con Austerlitz... Nadie podrá borrar la gloria de aquellos días ni oscurecer el brillo de aquellos valientes... El sol de Austerlitz alumbrará eternamente...

El otro.- ... ¡Y el de Waterloo, Sire! ¡y el de Waterloo, no lo olvidéis!

Napoleón.- ¡Yo no estuve en Waterloo!

El otro.- ¡Cómo!. Renegáis de vuestros valientes que cayeron gritando. “¡Viva el Emperador!”.

Napoleón.- (como ausente). En Waterloo no estaba Napoleón. Allí sólo había un hombre afligido y torturado. Allí no apareció el alma de Francia...

El otro.- Yo creía que “el rayo de la guerra” era insensible, que Napoleón cuando entraba en combate se olvidaba hasta de Francia...

Napoleón.- El peligro hace grande a los hombres grandes. Sólo los mediocres se dejan arrastrar por los acontecimientos... Pero, Alejandro y César sólo fueron vencidos cuando comprendieron la verdad...

El otro.- ¿Qué verdad?.

Napoleón.- Que sus pueblos no les merecían. Que habían llegado antes de tiempo... También Napoleón comprendió su verdad... poco antes de Waterloo. Waterloo sólo fue una batalla de hombres... En cambio, en Jena y Austerlitz brillaron el

genio y la fe... Cuando los hombres sólo son capaces de ver a nivel de tierra, las naciones tienen que ser pobres y mezquinas. La grandeza sólo se alcanza cuando los ojos ven más allá del presente. Napoleón vio claramente el futuro... Fue Francia, fueron los franceses los que se anclaron y se perdieron...

El otro.- ... Los franceses querían vivir, Sire. Y con Napoleón sólo se iba al desastre y a la muerte. Pusisteis un precio demasiado alto a la gloria y Francia comprendió que no podría pagarlo.

Napoleón.- ¡Francia no comprendió nada!. La libertad no se compra en los mercados de París... La libertad es el premio que obtienen los pueblos que saben morir por la justicia... Unos años más y Francia hubiera sido libre para siempre...

El otro.- Sire, unos años más y Francia hubiera dejado de existir... Vos impusisteis la dictadura a un pueblo que no sabe servir.

Napoleón.- La dictadura es el primer paso para la libertad. Con el caos se va inevitablemente al desastre... y Francia era el caos. Cuando el 18 Brumario tomé el Poder ya no había legalidad. La palabrería de los abogados y de los políticos profesionales había acabado con todo. Los pueblos no hacen la revolución para hablar. Por eso me acepto a mí Francia... Mientras los charlatanes de la libertad discutían en la Asamblea y se mataban por una palabra de más o de menos, los enemigos de Francia se colaban por sus fronteras... y la Revolución se perdía en inútiles proyectos de Ley...

El otro.- Pero, era el pueblo quien decidía.

Napoleón.- ¡Mentira!. Al pueblo se le engaña fácilmente... Eran los de siempre quienes decidían. La clase política, que ante el Terror y la guillotina se agarraba a la legalidad para subsistir... Bien sabían ellos que sólo la “legalidad” podía salvarles sus prebendas,... ¡yo quise hacer la “legalidad” interesada de esos!. Yo quise hacer la “legalidad” del

pueblo. La “legalidad” de todos... Napoleón luchó por hacer una Francia justa...

El otro.- ¡ Y perdió, claro!

Napoleón.- Sí, y perdí... ¡pero, eso no impedirá que mis ideas triunfen... Algún día los pueblos me comprenderán y tratarán de hacer la Europa unida que yo quise hacer. Una Europa libre, sí ... pero, justa...
Aunque hubiera que conquistar la justicia con las armas.

El otro.- ... Aunque hubiera que esclavizar a medio continente y violar todos los derechos de todos los pueblos... Sire, me parece que estamos donde estábamos. Vuestra soberbia sigue siendo infinita.

Napoleón.- (airado) ¿ Y que tienes que decir tú?. Si por ti hubiera sido ni siquiera habría existido el emperador Napoleón.

El otro.- Efectivamente, Aunque el 18 brumario no decías lo mismo, ya os dije muchas veces, que el Imperio sería vuestra ruina... Si os hubieseis conformado con hacer una Francia grande ahora no estaríais aquí. Pero, no. Quisisteis humillar a los Reyes, vencer a Inglaterra, esclavizar a España, entrar en Moscú, desafiar al Papa... ¡Ah, qué ambición la vuestra; (y cambiando de tono)... Y ahora, a cabalgar en un caballo de madera...

Napoleón.- ¡Si vuestros héroes levantaran la cabeza;
(se baja del caballo con gran esfuerzo).Si mis héroes levantaran la cabeza sólo verían lo que tú te niegas a ver. Un hombre que sufre su propio Destino...

El otro.- ... y a un general que perdió su estrella.

Napoleón.- ... (tras una pausa). Sí, es posible. Pero, todavía no está dicha la última palabra. Napoleón puede perder batallas, pero jamás perderá una guerra.

El otro.- Pero, Sire, si estáis acabado... Si apenas os podéis sostener en pie...

Napoleón.- Sí, es verdad. La muerte se acerca y ahora va en serio. Lo sé. Sé que voy a morir... pero ... la Historia no muere. Y yo puedo sembrar las ideas que Francia necesitará a no tardar mucho. Napoleón puede morir, pero el bonapartismo ha nacido ya... Y ahora márchate. Tu presencia me molesto.

El otro.- La verdad siempre molesta.
Napoleón.- (irritado le tira un objeto cualquiera)
La verdad me importa un bledo. ¡Fuera! ¡Fuera!

El otro.- (mientras sale riendo)
¡Viva el emperador! ¡ Viva Francia!

(ENTONCES NAPOLEÓN SE ACERCA A UNA MESA Y TOCA UNA CAMPANILLA VARIAS VECES. LUEGO SE DEJA CAER SOBRE UN SILLON Y ESPERA. HABLA CONSIGO MISMO)

Inglaterra pagará esto algún día... un país sin honor, tarde o temprano tiene que pagar... la mayor vileza que se puede cometer con un vencido obligarle a que se arrastre... No, no podrán con Napoleón...

AQUE ENTRA MARCHAND, EL CRIADO, UN TIPO EXTRAÑO, CURIOSO, A VECES PARLANCHIN Y FANTATICO)

Marchand.- (ceremonioso) Buenos días, Majestad...

Napoleón.- (torpe de movimientos). Sí, mi fiel Marchand, quiero que me ayudes a vestirme, hoy no tengo fuerzas ni para subir ahí...

Marchand.- (familiar).¿ Qué le ocurre hoy, Sire?. Le siguen los dolores...

Napoleón.- Es como una navaja de afeitar que me corta resbalando...

Marchand.- Por eso no os preocupéis. Sire. Pronto vendrá el doctor y os arreglará.

Napoleón.- ¡Arreglarme ése!. Los médicos no arreglan nada. Además, lo que está escrito allí arriba no tiene arreglo...

- Marchand.- Pues, sí que estáis esta mañana optimista, Sire...
- Napoleón.- Es que esto se ha acabado, mi buen amigo.
- Marchand.- Vamos, vamos. Sire... que todavía... Vos lo que necesitáis es... (y hace un gesto de silencio mirando alrededor) ¡una buena mujer! ¿Os preparo para esta noche a la condesa?. A falta de pan...
- Napoleón.- (sonriendo) ¡Ah, picarón, tú siempre serás el mismo!
- Marchand.- Pues, eso... eso lo que levantaría a Vuestra Majestad los ánimos... Una mujer brava es mejor que cien medicinas...
- Napoleón.- Anda, anda, no me tortures tú también y ayúdame a vestirme. Napoleón ya no puede ni con una mujer...

MARCHAN SUBE SALTANDO LOS ESCALONES DE DOS EN DOS.
ENTRA EN EL CUARTO DEL EMPERADOR Y BAJA ENSEGUIDA.
LUEGO, AYUDA A NAPOLEÓN A VESTIRSE A SU ESTILO.

- Napoleón.- (mientras se viste) ¿Recuerdas marchand?. Cuando yo era Napoleón esto lo hacía rápidamente y con gusto, pero hoy, ¿qué más da?. Estar bien o estar mal ya no tiene sentido... Para pudrirse poco importa el vestido...
- Marchand.- Os acordáis, Sire, del día aquel en Moscú... Aquella vez creo que batisteis todos los récords...
- Napoleón.- Sí, Marchad, lo recuerdo como si fuera ahora mismo ... ¡Tengo tantos recuerdos de Moscú! Rusia se clavó en mi alma.
- Marchand.- No me haga recordar el frío, Majestad... ¡que todavía tiemblo de pensarlo!
- Napoleón.- (cortando la escena) ¡Bueno!, ¡ya está bien!... Tráeme el desayuno y avisa al Montholon... tenemos mucho que hacer...
- Marchad.- Sire, y eso que decíais que estabais cansado...

Napoleón.- Queda poco tiempo y hay que aprovecharlo. Anda, ve rápido.

(SALE MARCHAD Y NAPOLEÓN QUEDA SOLO OTRA VEZ. ENTRA DE NUEVO, DESPACIO Y SILENCIOSO, EL OTRO. NAPOLEÓN SE APERCIBE DE SU PRESENCIA Y DICE)

Napoleón.- Ya estás otra vez aquí... Te he dicho que tu presencia no me es grata.

El Otro.- Lo sé, Sire, lo sé. Pero, es mi obligación. Aunque os pese tengo que acompañaros.

Napoleón.- Me molesta tener que estar siempre en guardia.

El Otro.- Si es por eso, no preocuparos, Sire. Yo estaré, pero no estaré... En el fondo sólo soy como una sombra... La sombra que dais vos...

Napoleón.- Pues, entonces a callar. Mi conciencia sólo se abre cuando yo quiero...

El Otro.- Otra vez os equivocáis, Majestad. Porque, podréis con todo menos con vos mismo. A vos no os podéis engañar, aunque lo intentéis... Permitidme, al menos, que, mientras tanto, galope en vuestro corcel del Destino...

(Y VA A SUBIRSE, RIENDO, EN EL CABALLO DE MADERA, DONDE PERMANECERA ESTA ESCENA Y LA SIGUIENTE. LUEGO, ENTRA MONTHOLON Y SALUDA MILITARMENTE AL EMPERADOR)

Montholon.- ¡A las órdenes de Vuestra Majestad Imperial!

Napoleón.- (haciendo un gesto con la mano) Dejaos hoy de ceremonias, conde, y vamos a trabajar... No quiero que me sorprenda la muerte sin haber terminado con contarle todo... (y pasea a su estilo). Me duele la cabeza de pensar tanto... (y como hablando consigo mismo)... Más que a mis vencedores de hoy temo a mis seguidores

de mañana... A ver, conde, decidme con toda sinceridad una cosa: de la novela que ha sido mi vida – porque estaréis de acuerdo conmigo en que ha sido una novela – (Montholon asiente con la cabeza y el Otro, que está sobre el caballo, también) el día de mañana, ¿qué será lo más discutido? ¿qué será lo que me tachen mis enemigos?... No quisiera morir sin conocer el futuro...

Montholon.- (ya sentado y dispuesto a escribir) Sire, esas mismas preguntas me las he repetido yo cientos de veces...

Napoleón.- ¿y bien?.

Montholon.- Pchiss... no sé qué decirle, Sire. Porque para muchos, Su Majestad se equivocó en España y en Rusia... No hay que olvidar ...

Napoleón.- (cortándole) No hay que olvidar que en España tropecé con un pueblo fanático y que en Rusia fue el frío - ¡sólo el frío!- quien acabó con el Gran Ejército... Ah, si los españoles hubieran comprendido que yo era para ellos la libertad!... ¡Qué brava gente, y qué torpe! Cuando yo les había librado de los Borbones van ellos y se me sublevan para defenderlos! ¿Quién sabe lo que había pasado si España hubiera abrazado las ideas que yo le ofrecía?...

El Otro.- (desde el caballo) ¡ Querréis decir que vos queráis imponerle por la fuerza!

Napoleón.- Es igual... Un pueblo inteligente agradece la libertad... aunque sea impuesta. La prueba es que por donde nosotros hemos pasado han florecido las nuevas ideas... (pausa). En cuanto a lo de Rusia, ¡qué distinto es todo a como se ha contado! ... A pesar del incendio de Moscú mis ejércitos quedaban victoriosos... ¡Fue el frío! Aquel frío que halaba hasta el alma... (el emperador se abriga como si lo estuviese reviviendo)

Montholon.- Sin embargo, Majestad, hay acontecimientos en vuestra vida que sí se os discutirán... aunque...

Napoleón.- Decidme, conde, y, por favor, hablad claro, ya sabéis que no me asusta la verdad.

(EN ESTE MOMENTO ENTRA MARCHAND CON EL DESAYUNO, LO SIRVE Y SALE. EL EMPERADOR LO TOMA, YA SENTADO YA DE PIE)

Montholon.- Se os discutiré, sire, el golpe de Estado del 18 Brumario... Se os discutiré la muerte del conde de Enghien... ¡Ah!, y vuestro segundo matrimonio... porque es a partir de ese momento cuando vuestra estrella comienza a pagarse (pausa). Pero, por encima de todo, Majestad, vuestros futuros admiradores no os perdonarán la resignación con que habéis aceptado el destierro y el que no hayáis escapado de este infierno de Santa Elena...

El Otro.- (antes de que termine, incluso, Montholon)
¡Bravo! Eso es hablar claro.

Napoleón.- (después de varios paseos en silencio)
¿Golpe de Estado?... No me gusta que se califique así el 18 Brumario.

Montholon.- Perdonad, Sire, pero así ha sido reconocido vuestro comportamiento de aquella jornada ...

Napoleón.- (casi furioso) cuando el Poder está desprestigiado y lleno de podredumbre hasta el cuello... Cuando la ley es pisoteada por aquellos mismos que tienen la obligación de defenderla... Cuando las conciencias de los gobernantes están vendidas de antemano al mejor postor... Cuando la nación es toda ella un grito de protesta que sube hasta el cielo ante las infinitas injusticias del Poder... Cuando los gobernantes son incapaces de acabar con la guerra y traer la paz... Decidme, conde: ¿puede llamarse Golpe de Estado al hecho de que un general victorioso se incline y recoja el Poder del arroyo?... (pausa)

El Otro.- (casi cortándole) ¡Dictadura, no! ¡No queremos dictadores! ¡juro, atravesar el pecho de mi propio hermano si alguna vez llega a atentar contra la libertad de los franceses!

Napoleón.- (como si no hubiese oído)... ¿ Puede llamarse Dictador al hombre que acaba con la podredumbre, que hace respetar la ley, que persigue la inmoralidad, que defiende la justicia por encima de todo y que, además, trae la paz? ¿Puede hablarse de Dictadura cuando el pueblo, - sí, las gentes sencillas-, aclaman y siguen ciegamente al nuevo Poder?

El Otro.- Sí. Yo estaba allí el 18 Brumario y aquello fue un acto de fuerza. Pero, supimos muy bien disfrazar la llegada de la Dictadura... Como todos los dictadores.

Napoleón.- El arte en un golpe del todo consiste en guardar la apariencia de la legalidad. Nada de cañones, ni de sangre, ni de arresto. El secreto para triunfar no está en la fuerza, sino en la astucia. Dictadura o no yo di a Francia lo que quería. Fue el pueblo quién me llamó al Poder...

El Otro.- Fueron los soldados, Sire, los soldados...

Napoleón.- El ejército es la mejor representación del pueblo. El Ejército es la nación. El Ejército es el orden y la prosperidad. El Ejército es el honor y la libertad...

El Otro.- ... y la dictadura.

Montholon.- (un poco asombrado y triste por lo que él cree monólogo del emperador)
... y bien, Majestad. Qué queréis que escriba, al fin del 18 Brumario.

Napoleón.- Nada. Dejad este tema para otra ocasión... (y como pensativo) Haga lo que haga ahora para la Historia ya soy un Dictador ... Yo, que toda mi vida luché por la libertad... (se detiene). En cuanto, a la muerte del duque

de Enghien... (en otro tono). Hice lo que tenía que hacer...

Montholon.- Sire, pero ¿ fue absolutamente necesario que muriera?

Napoleón.- (incómodo) Sí, Francia estaba en peligro...

El Otro.- (moviendo la cabeza negativamente). Ni hablar, Sire, ni hablar... En todo caso peligraban vuestros planes de Imperio... Recordaréis que a partir de ese momento es cuando surgen nuestras discrepancias... Ser Emperador... eso fue lo que os perdió...

Napoleón.- ... ¡ El duque tenía que morir!

El Otro.- Fue un asesinato.

Napoleón.- ... Como deben morir todos los conspiradores...

El Otro.- Los dictadores no ven a su alrededor más que conspiradores.

Napoleón.- ¡ El poder tiene que hacer escarmientos!

El otro.- Pero, no fuera de la Ley.

Napoleón.- ¡Como sea!

El otro.- Eso es arbitrariedad.

Napoleón.- Para mantenerse en el Poder hay que ser duros.

El otro.- La dureza linda con la tiranía.

Napoleón.- Entonces ¡ que me dejen a mí libre!

El otro.- Vos, tenéis el fin que merecen los tiranos.

Napoleón.- Los pueblos son ingratos.

El otro.- Los pueblos, aunque tarde, son justos.

- Napoleón.- (ante el asombro de Montholon se encara al otro que está sobre el caballo) ¡Basta! No quiero hablar más.
- El otro.- (sin inmutarse) Ya salió el dictador.
- Napoleón.- (enfurecido) ¡He dicho que basta!. Márchate de una vez.
- El otro.- (se baja y lentamente se va, pero antes de salir dice todavía) Me voy ... pero es igual. Con lo único que no podréis nunca los dictadores es con la conciencia ... (y sale)
- Montholon.- Sire ... ¿estás enfermo?
- Napoleón.- (hundido) No, pero, dejadme solo ...
- Montholon.- Majestad, deberíais descansar.
- Napoleón.- (ahora furioso) ¡ He dicho que quiero estar solo!
(y casi grita) ¡ Solo!...

(SALE MONTHOLON, TRAS HACER UNA REVERENCIA Y NAPOLEON QUEDA SOLO. ENTONCES CASI SE REVUELCA DE DOLORES, PERO SIN QUEJARSE, HASTA QUE ENTRA ESTRELLA. ES UNA MUJER DE UNOS TREINTA AÑOS, MUY GUAPA Y ATRACTIVA, QUE A VECES ES FRIVOLA Y A VECES SERIA. EN ESTA ESCENA DEBE VESTIR PROVOCATIVAMENTE. AL ENTRAR LO HACE SUAVEMENTE, CASI MISTERIOSAMENTE. NAPOLEON, AL VERLA, DEJA SU ASIENTO Y SE VA AL OTRO EXTREMO SIN ATREVERSE A MIRARLA)

- Estrella.- (Después de un silencio) ¿Así que me rehuís?
- Napoleón.- (sin volverse) Sí.
- Estrella .- Pero, ¿sabéis quién soy?
- Napoleón.- Ahora, no quiero saberlo.
- Estrella.- (tras un silencio) En Marengo no decíais igual.
- Napoleón.- (se vuelve y la increpa) En Marengo, tú eras una mujer honrada.

- Estrella.- (dando un paso hacia él) y ahora, ¿qué soy?
- Napoleón.- Ya te lo dije en Waterloo.
- Estrella.- Quiero que me lo repitáis aquí.
- Napoleón.- Te vas a ofender...
- Estrella.- Vuestras ofensas ya no me duelen.
- Napoleón.- ¡Claro! Ahora, sólo soy un vencido...
- Estrella.- Da igual. Decidme, ¿qué soy para vos?
- Napoleón.- (silabeando y con desprecio) ¿Qué sois? ¡una ra-me-ra!
- Estrella.- (acercándose a él provocativamente). En Austerlitz, ¿lo recordáis?, mandasteis fusilar a un austriaco que se atrevió a decirme esas mismas palabras...
- Napoleón.- En Austerlitz todavía estaba loco.
- Estrella.- Ah, eso quiere decir que ya no lo estáis...
- Napoleón.- (se acerca a ella como si fuera a pegarle) ¡No! Entérate de una vez. Después de Waterloo e arranqué de mi alma. No quiero saber nada de ti, no quiero verte. ¡Vete!
- Estrella.- Un momento (recalcándolo) Majestad ...¡Tenéis que escucharme!. En primer lugar quiero que sepas que si estoy aquí, si he venido, es porque me das pena...
- Napoleón.- En la cama no decías eso.
- Estrella .- (cambia el tratamiento) Entonces tú eras el amo de Europa.
- Napoleón.- ¡Claro! Y por eso te acostabas conmigo.
- Estrella .- Tú me buscabas.
- Napoleón.- Yo buscaba una mujer fiel.

- Estrella.- Y ... ¿acaso yo no lo era...?
- Napoleón.- Lo fuiste hasta ese día ... Mejor dicho, antes ya me habías traicionado dos veces.
- Estrella.- ¿Ah, sí? ¿y te atreves tú a decir eso, tú, el general más victorioso de todos los tiempos; el soldado con más suerte de la Historia...?
- Napoleón.- Sí, me traicionaste en España ... y volviste a hacerlo en Moscú ... ¿O es que ya no recuerdas tus risas aquellas entre el fuego...?
- Estrella.- En España encontré algo que tú nunca me habías dado: un ideal. Los españoles fueron, además, los que me abrieron los ojos por primera vez. Y me hicieron ver que en tu espada sólo había ambición de Poder... una ambición casi infinita... En Moscú, sí, me reí, de ti, ¿por qué ocultarlo?, me reí de tu soberbia... Tú, el general más soberbio del mundo no sabías qué hacer ni que pensar ante aquellas llamas que iluminaban fantásticamente la noche eterna de Rusia...
- Napoleón.- Tú tuviste la culpa... Si no me abandonas en Waterloo, ahora no estaríamos aquí.
- Estrella.- Yo no te abandoné.
- Napoleón.- ¿Dónde estabas entonces?
- Estrella.- Sabes muy bien que mientras tú resististe, yo permanecí a tu lado... Fuiste tú quién abandonó y se entregó ... Fuiste tú quien no estuviste en Waterloo.
- Napoleón.- Sí, de noche te acostabas conmigo y de día te acostabas con el inglés... Eres una ramera.
- Estrella.- (ofensiva) Sí, me acostaba con el inglés, y con el prusiano, y con cualquiera que se hubiese presentado... (más ofensiva) ¿y sabes por qué? ¿quieres que te lo diga?

Napoleón.- (dándole la espalda) ¡Bah!. Di lo que quieras. Ya no importa nada.

Estrella.- (Le rodea, le hace frente y grita) ¡ Porque eras un impotente! ¡Porque ya no podías ni con tu alma! ¡Sí, un impotente!

Napoleón.- (le da dos bofetadas y dice hondamente) ¡ ra-me-ra!
(y hundido va a sentarse a un sillón)

(ESTRELLA, DESPUÉS DE PERMANECER UNOS MOMENTOS QUIETA Y CON LA CABEZA AGACHADA, VA HACIA EL CABALLO Y EN SILENCIO PASA LA MANO POR CASI TODO SU CUERPO. LUEGO, YA MAS SERENA, DICE)

Estrella .- ... En fin, el pasado ya no importa ... A o que he venido es ... (y queda callada otro momento) ... a proponerte un trato... El último trato... Si quieres escucharme, claro...

Napoleón.- (levanta la mirada y queda mirándola) habla... pero... ya que entonces no tuviste piedad... tenla ahora .. Ya ves, ahora sólo soy un enfermo (y como hablando consigo mismo) ... un moribundo que espera ansioso el final... Un pobre diablo encerrado en el infierno antes de tiempo...

Estrella.- Ese es el trato que quiero hacer contigo.

Napoleón.- (más interesado) ¿Cuál?

Estrella.- (acercándose a él, casi cariñosa) Vengo a proponerte lo que tú más deseas en estos momentos.

Napoleón.- ¿Qué?

Estrella.- (mirando a todos lados). Sacarte de este infierno de Santa Elena.

Napoleón.- (se levanta) ¡No!

Estrella.- (categórica) ¡Sí!

Napoleón.- ¿Cómo? ¿para qué?

Estrella.- ¿Qué curioso? Cuando fui a buscarte a la isla de Elba no me hiciste ni una pregunta ... se nota que estás viejo ... En fin ... en el puerto hay un mercante americano y unos cuantos hombres dispuestos a sacarte ... piden poco dinero ... Primero, irías a un lugar desconocido... luego, cuando amainara la tormenta de tu fuga, podrías hacer planes ... Quizás, mientras tanto, los franceses pedirían tu regreso... Como entonces, ¿recuerdas? ... Tu nombre puede provocar, otra vez, la tempestad.

Napoleón.- ¡ Es demasiado tentador!

Estrella.- He dicho que quería hacerte el último favor.

Napoleón.- (paseando y como hablando consigo mismo)
¡Salir de este infierno! ... Sería como volver a la vida, como volver a vivir la campaña de Italia, como estar de nuevo en Marengo... Ah, no será ello posible ... y ver otra vez París ... No no puede ser ... Sería demasiado hermoso ... Ver a mi hijo y ayudarle a gobernar Francia ... Oh, ¡que tentación! Entre los dos haríamos una nación poderosa... justa ... libre. (pausa y cambio de tono). Pero ¿qué haría Inglaterra? ¿qué harían los Reyes? ... ¿cómo iban a poder seguir engañando a los pueblos? (de pronto, cambia otra vez de tono y como rechazando todo lo que ha dicho e incluso asustado) ... ¡Oh!, no, no, me conformaría con vivir en familia, sin más ... Que e dejen ver a mi hijo y a mi madre... Que me dejen volver a Córcega ... sin soldados, sin fortuna ... No quiero más guerras ... solo.

(ENTONCES SE VUELVE A ESTRELLA Y EN UN GESTO GRANDE DE DOLOR VA A HINCARSE DE RODILLAS ANTE ELLA Y AGARRADO A SUS VESTIDOS LE SUPLICA EN OTRO TONO)

Oh, señora, haced que sea posible ese sueño...
sacadme de aquí y mi vida será vuestra ... sacadme de aquí y haré lo que me pidáis ... No quiero morir aquí ... Odio este lugar ... (cada vez se va emocionando más

hasta caer al suelo y llorar) Quiero ver a mi hijo ...
Quiero ver a mi hijo ... mi hijo ... mi hijo.

Estrella.- (Se agacha y le acaricia) Por favor, amor mío, no sufras de este modo ... me partes el corazón ... A pesar de todo soy mujer ... y te he amado ... Levántate ... yo te daré la libertad... Ven, ven a recordar conmigo tu gloria ... (Le levanta y casi le arrastra hasta un sofá). El destino es demasiado duro contigo... Te juro por mi honor que te sacaré de aquí...

Napoleón.- (algo recuperado) ¿No será como en Waterloo?
También aquella noche me juraste ...

Estrella.- Oh, amor mío olvida ya Waterloo... Una derrota la puede tener cualquier general ... cualquier mujer puede tener una noche aciaga... Pero, ahora es distinto... La fortuna te sonrío de nuevo... Tú puedes aún demostrar que eres Napoleón ... ¡El gran Napoleón!

Napoleón.- Sí, yo puedo vencerles ... Dadme cien mil soldados y hare que los Reyes hinquen la rodilla ante mí... Llamaré otra vez a mis mariscales y a la vieja guardia ... aplicaremos las nuevas artes y revolucionaremos la guerra... ¡Esos ingleses me las pagarán!

Estrella.- Ah, qué feliz me haces viéndote otra vez animado... Pero, no perdamos tiempo, no perdamos la ocasión... Tenemos que escapar de esta isla y surcar el océano ... ¡Y ser libres!. Libres para siempre ...
(aquí se besan)

Napoleón.- ¿No me traicionarás? ¿no me abandonarás en medio del combate?

Estrella.- (Levantándose) No, no te traicionaré ... Adiós... conviene que estés preparado... vendré a buscarte cuando menos lo esperes ... Adiós ... (y sale casi corriendo, como si escapara)

El otro.- (que entra nada más salir Estrella)

Ea, ya está otra vez el pájaro en la red... (ceremonioso).
El pez ha picado el anzuelo ... Lo he oído todo.

Napoleón.- (huraño) Nadie te ha llamado.

El otro.- Es igual. Mi presencia aquí escapa a vuestro Poder... La conciencia no tiene dueños ... (silencio) Por eso tengo que preveniros, una vez más. Lo que intentáis hacer es una locura que nos compromete.

Napoleón.- Mis aciertos o mis fracasos son míos. Soy libre para elegir lo que me plazca.

El otro.- Pero yo me veo obligado a responder de vuestros actos...

Napoleón.- Será porque queréis...

El otro.- Es mi Destino.

Napoleón.- Y el mío es salir de esta cárcel y huir.

El otro.- Yo creí que los valientes no huían...

Napoleón.- A veces, escapar es más peligroso que permanecer...
Y una cosa te digo: sólo los cobardes son capaces de permanecer siempre.

El otro.- En este caso huir es hacer lo que ellos quieren que hagáis... ¿no lo comprendéis?. Es una trampa. Vuestros enemigos os tienden puente de plata.

Napoleón.- No te entiendo.

El otro.- Pues, está bien claro. Permaneciendo aquí no le dais razones para un destierro tan cruel e inhumano... En cambio, si intentáis huir, si conseguís huir, justificáis su crueldad y dureza.

Permaneciendo aquí los pueblos os seguirán recordando, aunque sólo sea por la injusticia que se comete con vos. Si huí, si tratáis de escapar, si no aceptáis lo injusticia, hasta vuestros seguidores más fanáticos lo encontrarán

lógico. Ah, ¡qué astucia la de estos ingleses...! ¡y qué incauta Vuestra Majestad!

Napoleón.- ¿y si consigo huir? ¿y si los franceses me llaman otra vez?... Yo puedo derrotarlos en cien batallas...

El otro.- Desde luego, está claro que habéis perdido el juicio... ¿No comprendéis que vuestra hora ha pasado y que la Historia ya no os pertenece?

Napoleón.- Mientras me quede un aliento de vida yo seré la Historia... Y mientras pueda seguir soñando es que no he muerto... Ese es mi secreto...
Un secreto que tú nunca entenderás ... ¿Qué sería la vida si uno no pudiera soñar?

El otro.- Muy bien. Eso quiere decir que estáis decidido.

Napoleón.- (categórico). Sí, lo estoy. Y lo voy a intentar. Estar preso no es estar vencido. Estar encarcelado hoy no quiere decir que lo vayamos a estar mañana... Sólo se dan por vencidos los que no tiene fe en sí mismos, los que no creen en sus propias palabras, los que no tienen un verdadero ideal...

A veces, y esto si que tú no lo puedes comprender, la cárcel es necesario... porque sólo pueden amar la libertad por encima de todo quienes saben lo que es carecer de ella... porque el espíritu se forja en la adversidad y no rodeado de placeres... porque el haber sufrido ayer es lo que engrandece nuestros actos hoy...

Por eso te digo que nunca vencerán a Napoleón; y más aún, nunca, nunca, ningún Poder del mundo podrá vencer a un hombre que lucha por ser libre... La libertad es invencible.

El otro.- (tras una pausa) Está bien. Pero ... os arrepentiréis... y en cuanto a eso que acabáis de decir, ¡qué gracioso! ¿Por qué amarán tanto la libertad los políticos que han perdido el Poder? No lo entiendo.

(NAPOLEON TOCA UNA CAMPANILLA Y ENTRA MARCHAND)

Marchand.- ¿Llamabais, Sire?

Napoleón.- Di a Montholon que venga...

Marchand.- Si, Majestad. (y sale)

(NAPOLEON SE ACERCA AL CABALLO Y LO ACARICIA SUAVEMENTE, LENTAMENTE... BAJO LA MIRADA IRONICA DE EL OTRO, QUIEN ANTES DE QUE ENTRE MONTHOLON DICE)

El otro.- ¡Dios, qué insensato puede ser un hombre! (y se sienta en la escalinata como testigo mudo)

Napoleón.- (como hablando consigo mismo)
¡Ay del día que no haya hombres locos sobre la tierra...!
(y luego) ¡cuánto me gustaría que estuviésemos todos locos!

(ENTRA MONTHOLON)

Montholon.- ¡ A vuestras órdenes, Sire!

Napoleón.- Pasad, conde. Pasad. ¿podemos hablar en secreto?

Montholon.- (hace como que inspecciona y luego)
Podemos hablar, Sire.

Napoleón.- En primer lugar, una advertencia: lo que os voy a decir es secreto de Estado... no... más que secreto de Estado... y en segundo lugar, que os exijo sinceridad máxima a la hora de responderme.

Montholon.- Sire, hace muchos años que os entregué mi persona.

Napoleón.- Lo sé, lo sé... amigo mío. Sé de vuestra entrega y de vuestra fidelidad. Pero, en este caso, toda precaución es poca. Nos jugamos demasiado ... Tal vez hasta la propia vida.

- Montholon.- Mi vida os pertenece por completo, Majestad.
- Napoleón.- Pues, prestad atención... Un día de estos escaparemos de este infierno. Todo está preparado ya... Un mercante americano nos llevará fuera de las garras inglesas... Luego, tal vez, iremos otra vez a Francia. Mi estrella brilla de nuevo. Burlaremos a ese monstruo de Gobernador que es nuestro carcelero... Así que quiero tenerlo todo listo, para cuando surja el momento.... En principio, sólo iremos vos y yo... ¿Estás dispuesto a correr junto a mí ese peligro?
- Montholon.- Sire, vos sabéis que yo iré donde Vuestra Majestad vaya... pero... (pausa)
- Napoleón.- Pero, ¿qué?
- Montholon.- (dudando) No sé cómo decirlo, Sire, No sé...
- Napoleón.- Decir qué...
- Montholon.- Majestad, puesto que me habéis pedido sinceridad... con sinceridad os respondo. Creo que es una trampa...
- Napoleón.- (sorprendido) ¡Cómo! ¿También vos! ¿también vos dudáis de vuestro emperador?
- Montholon.- Por favor, Majestad... Escuchadme. Santa Elena es una isla pequeña, en pleno océano, guardada por varios batallones.
- Napoleón.- (de malhumor) ¿ Y qué? También la isla de Elba era pequeña y estaba custodiada ... Con astucia los ingleses pueden ser vencidos.
- Montholon.- ... Y además está la flota. Suponiendo que consiguierais salir de la isla y burlar el cerco de míster Lowe ¿no creéis que la flota os daría alcance antes de desembarcar en cualquier puerto?
- Napoleón.- (dándose puñetazos en ambas manos)

Lo sé, lo sé... todo eso ya lo he pensado yo... pero, insisto, con mi estrella al lado me atrevo a todo.

Montholon.- (tras una pausa) Sire, permitidme que os diga una cosa: ¿dónde estaba vuestra estrella el día de Waterloo?

Napoleón.- (furioso) ¡ Eso no os incumbe a vos!

Montholon.- Perdón, Majestad... creí que me pedíais sinceridad.

Napoleón.- (como hablando consigo mismo) Todos se confabulan contra mí... parece como si asta mis más fieles servidores quisieran ya que todo acabase... Todos se han rendido... ¿Dónde están mis valientes? ¿dónde está la osadía de mi Gran Ejército...? Quiero soñar y no puedo...

(EN ESTO SE OYEN UNOS FUERTES GOLPES FUERA DE ESCENA.
LLAMAN A LA PUERTA CON FUERZA, COMO SI OCURRIERA
ALGO GRAVE)

(enojado) ¿Quién llama de ese modo? ¿por qué se perturba así el retiro del Emperador de Francia? ...
(imperativo) Salid conde, y castigad a quién así osa llamar a mi puerta.

(SALE MONTHOLON Y AL POCO ENTRA ACOMPAÑADO DE
MARCHAND. MIENTRAS TANTO NAPOLEON PASEA ENFURE-
CIDO)

Montholon.- Majestad, es el Gobernador. Está furioso. Exige veros en persona. Le han hablado de un plan de fuga...

Napoleón.- No puede ser.

Montholon.- Viene en son de guerra, Sire. Os prevengo.

Napoleón.- (tras un silencio) Pues, decidle que pase. Ahora vamos a ver hasta dónde puede aguantar un inglés miserable.

Montholon.- Majestad, dominaos... al fin y al cabo...

Napoleón.- (furioso) ¡Decidle que pase!

(SALE MONTHOLON Y MIENTRAS ENTRA ACOMPAÑADO DE MISTER LOWE, MARCHAND SE ACERCA AL EMPERADOR Y LE DICE)

Marchand.- Sire, ha llegado el momento. Una palabra vuestra y este asesino derramará su sangre a vuestros pies...

Napoleón.- No, Marchand, todavía no... Antes va a saber este generalito quien es el Emperador Napoleón.

(ENTRA MISER LOWE Y MONTHOLON)

El gobernador.- General Bonaparte...

Napoleón.- (casi grita) Yo soy e Emperador Napoleón.

El gobernador.- Perdón, para Inglaterra vos seguís siendo el general Bonaparte.

Napoleón.- ¡ Y para Europa entera soy el Emperador! ¡Y para la Historia!

El gobernador.- Bien, mi general, pasemos este detalle por alto y escuchadme.

Napoleón.- No puedo pasar por alto una ofensa a Francia, porque habéis de saber que negándome el título de Emperador negáis la voluntad de los franceses...

El gobernador.- “Monsieur Bonaparte”, los franceses fueron quienes os entregaron!

Napoleón.- ¡ Mentira! ... Eso es una vil calumnia. Yo me rendí al honor de una nación grande y poderosa ... ignorando que esa nación – vuestra Inglaterra- ya no tenía honor... yo me entregué a vuestro Gobierno creyendo que lo hacía a unos caballeros... sin saber que en el gobierno

ya no quedaba ni un solo caballero...
¡ Traición! ¡Perfidia! ¡Deshonor!, eso es hoy vuestra
amada Inglaterra ... No, no, no permitiré que
ante mi presencia se ofenda a un pueblo noble y a una
nación digna ... ¡Francia!...

El gobernador.- Monsieur... con vuestras baladronadas no conseguiréis
nada. Lo aceptéis o no sois mi prisionero...

Napoleón.- (indignado). Eso no os da derecho a ser mi verdugo.
Por encima de vos y de Inglaterra está la Historia ... y la
Historia narrará un día el crimen que se está cometiendo
conmigo... ¡Yo soy, aunque os pese, el Emperador
Napoleón!

El gobernador.- Pues bien, si tanta importancia concedéis a ese título, si
vuestro orgullo es tan ilimitado que os nubla la razón,
decidme ¿por qué mancháis vuestro honor con
desatinados proyectos imposibles?
¿Por qué no aceptáis vuestra situación?. Cuando un
general rinde su espada...

Napoleón.- (furioso) ¡Y cómo os atrevéis a mencionar ante mi
presencia la palabra honor!. Vos, un pirata disfrazado de
militar... (cambia en el tratamiento) ¡Usted que siempre
mandó bandidos y desertores, desechos de todos los
países!. Yo conozco los nombres de todos los generales
ingleses que se han distinguido ... y en cambio a usted
jamás le oí citar sino como un escriba de Blucher o un
jefe de bandoleros. Usted, que nunca mandó hombres de
honor, quiere hablarme a mí de honor ... ¡Váyase de mi
presencia!. Porque ha de saber que aunque tenga plenos
poderes sobre mi cuerpo, mi alma jamás será suya.
Jamás. Y no olvide que Napoleón aquí, en esta roca
infecta, es como Napoleón en París y amo de Europa ...
Pero ¿qué puede esperarse de un verdugo sin honor, de
un soldado lleno de miedo y de un hombre grosero? ...
¡ Váyase!. Ya me cansé de sus órdenes y de sus
persecuciones rastreras... Es usted un miserable... ¡ Un
digno representante de Inglaterra!

El gobernador.- (lentamente, con el color cambiado) “Monsieur Bonaparte”, haré que se arrepienta de cuanto ha dicho.. (y sale impetuosamente)

(ENTONCES NAPOLEON PRORRUMPE EN UNA CARCAJADA QUE LO LLENA ANTE EL SILENCIO TOTAL DE LOS PRESENTES... Y LUEGO DICE)

Napoleón.- ¡ En las Tullerías, una escena como esta me habría sonrojado!...

(LUEGO PASEA NERVIOSO, HASTA QUE EN TONO MUY BAJO QUE APENAS SI SE LE OYE, DICE)

... Y ahora dejadme solo.

(SALEN MONTHOLON Y MARCHAND TRAS HACER UNA PRONUNCIADA REVERENCIA)

(ENTONCES VA Y ENTORNA UN POCO LAS VENTANAS Y LA ESCENA QUEDA EN PENUNBRA. NAPOLEON SE SIENTA Y QUEDA ADORMILADO. AL POCO ENTRA SUAVEMENTE, COMO A ESCONDIDAS, ESTRELLA, SEGUIDA DE UNA LUZ QUE ABARCA SOLO A ELLOS DOS)

Estrella.- (Se acerca a Napoleón de puntillas y tapando con el dedo su boca dice) Sire, Sire ...

Napoleón.- Ya, tan pronto...

Estrella.- No hay tiempo que perder, Sire. Bien sabéis vos que las ocasiones hay que atraparlas como las batallas ... ¡ es cuestión de segundos!

Napoleón.- Pero, esto no es una batalla.

Estrella.- Quizás. Pero, puede ser la victoria total. Si lográis escapar habréis conseguido lo más importante de vuestra vida ... Haréis olvidar Waterloo ... Los Reyes volverán a temblar... Inglaterra habrá quedado en ridículo ...

Napoleón.- (tras un silencio) No sé... la duda invade mi alma.

- Estrella.- (como sorprendida) ¡ Cómo! Vos dudando... El alma del gran Napoleón llena de duda... No lo entiendo ... Un general que duda en pleno combate no es un buen general. Vos lo sabéis mejor que nadie. Hay que tomar decisiones rápidas ... La suerte no espera ... ¡Ah!, pero ¿qué os pasa mi amado Napoleón? ¿qué turba vuestra lógica? ¿acaso véis algo oscuro? ¿no os gusta el plan que tan bien conocéis? ... (tras una pausa) ¿ O es que tenéis miedo?...
- Napoleón.- No sé ... no me encuentro bien... mi salud se tambalea... Quizás no merezca la pena...
- Estrella.- (trata de atraérselo físicamente, provocadoramente) no habléis así, Sire ... Sois todavía demasiado joven para daros por vencido ... y yo os amo... Sí, os amo más que nunca ... Oh, ni siquiera en Jena os quise como os quiero hoy y aquí ... (acariciándolo) No dudéis más. Decidíos ...
- Napoleón.- (se suelta de ella) ha sido demasiado rápido todo. Aún no lo he meditado bien ... y es mucho lo que me juego...
- Estrella.- Sí, pero también mucho lo que podéis ganar. Además, si os quedáis aquí los pueblos acabarán olvidándose de vos...
- Napoleón.- Ya no me importa la gloria ... ni la vida... Francia acabará olvidándose ... Pero, me queda la Historia ... y no quiero perder el futuro.
- Estrella.- Pero, ¿qué decís? ¿cómo puede decir el gran Napoleón que ya no le importa la gloria? ¿Por qué tenéis tanto miedo a la Historia?. La Historia son solo palabras.
- Napoleón.- (cambiando el tratamiento) Os equivocáis, señora. La Historia son hechos. Si sólo fueran palabras esos escritores que se metían conmigo ya me habrían borrado para siempre... Pero, ¿quién borrará la campaña a Italia? O Egipto. O Marengo. O Moscú... (pausa) Me preocupa que alguien piense que no fui capaz de soportar la adversidad, que el destierro me hizo débil... que mis

enemigos tenían la razón...

Estrella.- (algo enfadada) El general Bonaparte no se hubiese planteado esas tonterías.

Napoleón.- El general Bonaparte era joven y tenía ansias de gloria... Pero, ahora el general Bonaparte ya tiene gloria y una enfermedad que mina mortalmente su organismo... Han pasado demasiados años desde aquel día que nos encontramos por primera vez en Tolón... Parece como si hubiera transcurrido una eternidad.

Estrella.- (tras un silencio) Lo que más me duele es ver a un hombre como vos entregado ... Perdonadme, Majestad, pero ahora es mi alma la que duda: ¿estoy ante Napoleón Bonaparte o ante un impostor?

Napoleón.- (conciliador) No hace falta perdonaros, señora, Si conocieseis a los hombres tal vez lo entenderíais fácilmente ...

Estrella.- Pero ¿ y vuestro Destino? ¿vais a dar la espalda a vuestro destino?

Napoleón.- Precisamente lo que hago es afrontarlo Escrito estaba que yo había de acabar mis días en esta isla perdida en el océano ... más allá de la esperanza...

Estrella.- Pues, sublevoos al Destino ... El hombre es libre... la libertad es su don más apreciado.

Napoleón.- No, amiga mía, el hombre no elige el lugar de su muerte... Sólo los suicidas... y esos, aunque vos no lo comprendáis, tampoco ... Todo está escrito irremediabilmente en algún sitio...

Estrella.- Bien, puesto que no puedo convenceros con palabras os diré algo que no quería deciros... y que fue lo que me movió a ayudaros...

Napoleón.- ¿Algo que yo desconozco?

- Estrella.- Sí.
- Napoleón.- ¡Qué raro!
- Estrella.- (ceremoniosa) ¡Sire, os están envenenando! Desde hace algún tiempo se os está suministrando un veneno lento que acabará con vos... ¡Inglaterra os está envenenando! Quieren quitaos de en medio... ¡Es un crimen!
- Napoleón.- (tras un silencio y sin mostrar sorpresa) ¿y os sorprendéis?
- Estrella.- ¡Cómo! ¿Lo sabíais? ... Lo sabéis y no hacéis nada... ¿Os dejáis matar impunemente, como un cordero, peor que un asesino? ... Ah, (y llora) ahora sí que está todo perdido... Ahora sí que os creo un impostor...
- Napoleón.- (cariñosa) No, condesa, no soy un impostor. Soy yo mismo... Venid (Y COGIDA DE LA MANO LA LLEVA HASTA EL CABALLO DE MADREA, SEGUIDO POR EL HAZ DE LUZ)... Mirad bien ese caballo de madera... y recordad. Recordad que Napoleón pasó su vida sobre un caballo. Mil veces recorrí Europa. Mil combates. Mil victorias. Y contad las leguas que hay de París a El Cairo, o de Madrid a Moscú... (pausa) Pues bien, esa es mi estrategia. Ese es el veneno que me dan los ingleses ... Esa es mi enfermedad... Cada mañana yo hacía diez millas a caballo... y ahora... Ahora me conformo con pasear sobre un caballo de madera ... Es triste, pero es así. Y lo acepto. En la vida hay que saber perder... Sólo los que saben perder merecen ganar...
- Estrella.- (tras un silencio) Oh, Napoleón... (y se abraza a él totalmente)
- Napoleón.- ... *Mio amore*. No te importa llorar... No serás tú sola la que llore a Napoleón... Europa entera me recordará siempre... y hasta las mismas madres que me entregaron

sus hijos para que yo les llevase a la muerte, Llorarán un día por mí... Por encima de todas las razones el ser humano se emociona ante la grandeza y la victoria... Ahora, vete. Mi destino está aquí.

Estrella.- Sí, me voy... Es triste tener que aceptar esta derrota.

Napoleón.- Todas las derrotas son tristes... pero hay derrotas que ennoblecen. Sobre todo, si se salva el honor...

Estrella.- ¡Adiós!

Napoleón.- ¿Volverás?

Estrella.- ¿Para qué?

Napoleón.- Para acompañarme hasta el fin.

Estrella.- No sé... ¡Después de ver todas tus victorias, ahora ...!

Napoleón.- Por eso. Ahora te necesitaré más.

Estrella.- No, no volveré. Mi puesto está al lado de los victoriosos. Tú lo sabes. La derrota me entristece demasiado.

Napoleón.- Vete.

(Y SALE ESTRELLA LENTAMENTE, ENTONCES ENTRA CORRIENDO MARCHAND, SIN PEDIR PERMISO Y AL TIEMPO QUE SE ILUMINA LA ESCENA. PORTA UN PAQUETE VOLUMINOSO)

Marchand.- Sire, Sire... ha llegado un correo inglés. Viene para vos esto.

Napoleón.- (sorprendido y con alegría infantil) ¿ Para mí? ¿Qué será? (y lo coge). A ver, Marchand, ayúdame a abrirlo ... Puede ser la sorpresa que esperaba... (y mientras lo desenvuelve) Algo me decía en mi interior que hoy iba a ser un día especial.. Hasta la desgracia puede tener un límite...

(DE PRONTO, QUEDA AL DESCUBIERTO EL OBJETO QUE VIENE DENTRO, CON ESPECIAL CUIDADO MARCHAND SACA UN BUSTO EN BRONCE Y AL VERLO NAPOLEON EXCLAMA)

¡¡ Es el Rey de Roma!! Mi hijo... ¡Oh! (y se abraza al busto llorando y dándole besos) ¡Oh, mi hijo! ¡Es mi hijo! ... Marchand es mi hijo. ¿No lo comprendes?

Marchand.- (emocionado también) Sí, Sire...

Napoleón.- Ven, déjame que lo vea quiero verlo, quiero imaginármelo ... (y lo contempla desde diversos ángulos) Ayúdame a colocarlo ... ¿Dónde lo ponemos?. Quiero que esté en el mejor lugar de esta casa, quiero que presida mi vida... Oh, hasta este infierno me parece ahora otra cosa...

(ENTRE AMBOS LO SITUAN EN UN LUGAR PRIVILEGIADO Y SE RETIRAN PARA CONTEMPLARLO)

¡Y cómo se parece a mí! No pueden negar que es Bonaparte ... Ah, ¿qué será de él Marchand? ¿qué será de él? ... Verdad que parece ya un hombrecito? ¿qué edad tendría aquí?

Marchand.- Siete u ocho años, Sire... puede que nueve.

Napoleón.- (como hablando consigo mismo) Sí, eres un Bonaparte, hijo mío. Ah, contigo no podrán ... El destino te reserva un porvenir brillante ... Pero, no debes olvidar que naciste príncipe francés; no lo olvides nunca ... (otra vez a Marchand). Mira, Marchand, mira sus ojos ¡qué mirada! ¿Verdad que tienen fuerza esos ojos?... ¿Y el mentón? Mira ese gesto de rabia... Oh, hasta en la frente se nota que es un Bonaparte ... ¿No sabías tú, Marchand, que todos los Bonaparte heredamos la frente de mi madre?... ¡El labio de abajo! Eso es lo único que tiene de los Hasburgo... ¡Lástima! ... (mientras se acerca al busto dice al ayuda). Marchand, quiero que vengan todos a verle... Hoy es un día grande... Ve y avisa a todos que vengan a mi presencia... Quiero darles una sorpresa (y cuando Marchand va a salir) Ah, y diles que vengan con los trajes

de gala ... Sí, será un día especial... Esto tenemos que celebrarlo...

Marchand.- (ceremonioso) A las órdenes de Vuestra Majestad Imperial ... (y sale)

(AL QUEDAR SOLO NAPOLEON VUELVE A TOCAR EL BUSTO Y A BESARLO. LUEGO, COMO EN UN ARRANQUE, SE HINCA DE RODILLAS Y PRORRUMPE EN SOLLOZOS AL TIEMPO QUE LA ESCENA SE VA QUEDANDO EN PENUMBRAS HASTA EL OSCURO TOTAL. SOLO SON UNOS SEGUNDOS, LOS NECESARIOS PARA QUE NAPOLEON SALGA. LUEGO, SE OYEN COMO A LO LEJOS UN CAÑONAZO, Y OTRO, Y OTRO, HASTA CONTAR 22 ... ENTONCES SE OYE UN GRAN GRITERIO Y UNA VOZ DE MUJER QUE DICE: “¡UN NIÑO!” Y VIVAS AL EMPERADOR DE FRANCIA. DESPUES SE ILUMINA LA ESCENA HASTA PARECER DE DIA ... Y SE VEN AL CONDE DE MONTHOLON, A LA CONDESA (QUE ES ESTRELLA), A EL OTRO Y A MARCHAND... TODOS VESTIDOS DE GALA Y CHARLANDO ENTRE SI. EL BUSTO DEL REY DE ROMA PERMANECE TAPADO CON UNA CORTINILLA, HASTA QUE ...)

Marchand.- (dando unos golpes en el suelo como si estuviese en las Tullerías) ¡Su Majestad Imperial el Emperador Napoleón!

(ENTONCES APARECE NAPOLEON VESTIDO CON EL TRAJE Y EL MANTO IMPERIAL DEL DIA DE LA CORONACION Y VA BAJANDO LENTAMENTE LOS ESCALONES, MIENTRAS LOS DEMAS PERMANECEN CON LA CABEZA AGACHADA AL VIEJO ESTILO)

Napoleón.- (con gesto radiante y sonriente va saludando a los presentes) ¿Cómo está, señora? (dirigiéndose a la condesa de Montholon y sin darle tiempo a que responda) Ese color verde nilo le queda muy bien. Debería vestirse siempre igual... aunque a decir verdad el Nilo no es verde, sino amarillo... Un amarillo tirando a ocre. Mi querido Montholon, ese uniforme que hoy lleva me recuerda los de antes del 89...Está visto que su nobleza es anterior a este Régimen... (después sigue saludando gentes que no están en escena, lo que parece desconcertar a los presentes) Oh, el gran Mariscal Bertrand... pero, ¡Cómo! ¿ha venido solo?

... no se lo perdonaré... ya sabe que la mariscal es bien recibida en Palacio... A propósito, tenemos que hablar de ese proyecto de invadir Inglaterra por los aires... Me gusta la idea...

Aquí tenemos al gran duque de Otranto ... ¡qué secretos nos esconde ahora el Ministerio de la Policía!

Ah, Fouché, Fouché, cualquier día puede usted quemarse en su propio fuego... Mi pequeña Desirée, ¡cómo os las arregláis para estar cada día más bella! Decidle al mariscal Bernadotte cuando le escribáis que Napoleón sigue pensando en robarle la esposa... Ah, aquí están sus Altezas Imperiales las princesas Julia, Hortensia, Elisa, Paulina y Carolina... Pero, ¿y vuestros maridos? Decid a mis hermanos, bueno a sus Altezas Imperiales, que se dejen de conspiraciones y que cumplan con su deber... (y sigue saludando a personajes inexistentes).

(A PARTIR DE AQUI QUEDA A DISCRECION DEL DIRECTOR QUE MONTE ESTA OBRA SI DEBEN ALARGASE LOS SALUDOS O NO)

(NAPOLEON VA A SITUARSE AL LADO DONDE ESTA EL BUSTO CUBIERTO Y DICE EN TONO SOLEMNE)

Abrid bien los ojos y fijad este momento en vuestras mentes para mientras viváis ... El futuro es mío... El Cielo ha dicho sí y aquí está mi heredero ... (y descubre el busto al tiempo que grita) ¡Viva el Rey de Roma!...

Todos.- ¡Viva el Emperador!

Otra voz.- ¡Viva Francia!

Napoleón.- (y mirando el busto) Napoleón, Francisco, Carlos, José... os envidio. La gloria os espera. Mientras yo tuve que correr tras ella ahora es ella la que os aguarda y os mima. Yo he sido Filipo y vos seréis Alejandro... Alargad los brazos y alcanzaréis el mundo... ¡Viva el Rey de Roma!

Todos.- (otra vez) ¡Viva el Rey de Roma!

Napoleón.- Y ahora a celebrarlo ... No todos los días nace un heredero... El Imperio se ha salvado. Ja, ja, ja... ¡qué jugada! ¡Y cómo se van a reír las gentes del Borbón!... Bebamos a la salud de este niño ... El presente ya es futuro.

(ENTRA MARCHAND CON UNA BANDEJA LLENA DE COPAS DE CHAMPAN Y LAS VA OFRECIENDO A TODOS. LUEGO, SIGUE NAPOLEON ...)

Se acabaron las precauciones... Una nueva etapa ha abierto sus puertas... Se acabaron las guerras... Buscaré la paz, aunque tenga que ir a por ella a Moscú... (ríen todos) A partir de ahora seré un padre de familia más, me dedicaré a la crianza del Rey de Roma y a llevar la felicidad a todos los hogares de Francia... Sí, Fouché, envía mensajeros a todos los rincones del Imperio, que las campanas de todas las Iglesias repiquen que son de alegría... Hoy es un día grande para la Historia... (en otro tono) ¡ Mi hijo es el niño más guapo de Europa! ... ¡Brindemos por el Rey de Roma!

Todos.- ¡Brindemos por el Rey de Roma! y beben todos)

(DE PRONTO NAPOLEON ESTRELLA SU COPA EN EL SUELO Y GRITA HISTERICAMENTE)

Napoleón.- ¡Es mentira! ¡Mentira! (y prorrumpe en sollozos al tiempo que empuja a todos hacia afuera) ¡Fuera! ¡Fuera!... Quiero estar solo ... (y comiéndose los puños) ¡Sólo! ... ¡Sólo!... ¡Estoy preso! ¡Estoy loco! ¡Muerto!.

(Y CAE LLORANDO ANTE EL BUTO DE BRONCE)

¡Muerto!

ACTO II

Sirve el mismo decorado del primer acto, aunque con una variante: la instalación de la cama de campaña del emperador.

Al levantarse el telón la escena está en penumbras. Una luz ilumina a Napoleón, que está como dormido sobre el caballo de madera. A lo lejos, muy tenues, se oyen los compases de la Marsellesa.

Napoleón.- (mientras se incorpora) ¡Josefina!... ¿Dónde estás *mio dolce amore*?. Me despierto lleno de ti y no te encuentro. ¡Ah!... anoche sí que pude darme cuenta de que tus labios y tu pasión me dominan y me roban el reposo. Mi corazón arde como el propio fuego... Ni César ardió ante Cleopatra como yo ardo ante ti... ¡Ven Josefina! ... Yo solo no puedo con el Destino ...

Entonces se baja del caballo ágilmente y pasea nervioso de un lado a otro. Mientras se encienden las luces generales entra suavemente Estrella que ahora es Josefina y se acerca a Napoleón.

Estrella.- ¿Me llamabais, Sire?

Napoleón.- (va hacia ella y la estrecha entre sus brazos) ¡Oh, Josefina... Josefina!.

Estrella.- (acariciándole) Mi pequeño *Napoleone* ... veras quiero que hablemos de tu futuro... (y se sientan).

Napoleón.- No, Josefina... del futuro no. Ya no e importa el futuro. Si vivo todavía es porque el pasado está dentro de mí. ¡Ah, me lo han robado todo... pero, el pasado, mi pasado, es mío, mío! El sol de Austerlitz brillará siempre por encima de mi cabeza.

Estrella.- Es verdad, *Napoleone*. Y el de Jena, Lodi, Arcole, Marengo.. La Victoria nunca podrá separarse de Napoleón.

Napoleón.- Josefina, Josefina... (y se levanta nervioso) ¡no puedo con esta isla! No puedo aceptar que mi vida termine así...

Estrella.- Entonces ¿ por qué no hacéis algo?

- Napoleón.- ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Qué puede hacer un hombre enfermo?
- Estrella.- ¡Sublevaos! ... Sublevaos como aquel día de Brumario. Aún sois la mejor espada de Europa.
- Napoleón.- ¿La mejor espada de Europa? ¡Oh! Josefina ... ¿también tú quieres engañarme? ... ¿también tú quiere reírte de mí?
- Estrella.- (Se levanta y lo abraza efusivamente). ¡Oh, *Napoleone!*... (y se besan con pasión). ¡Qué cruel es el Destino!.
- Napoleón.- (Cambia de tono y casi grita) ¡Se acabó Josefina! ¡Se acabó! ... No estoy dispuesto a que sigas con ese Charles. París entero se ríe de mí y tú no haces nada para evitarlo. ¡Esto se tiene que terminar! La gloria no puede compartirse con una mujer que va de cama en cama.
- Estrella.- ¡Me ofendes general Bonaparte! Todo eso son habladurías de tu envidiosa familia.
- Napoleón.- (Dando una patada a cualquier objeto de la escena) ¡Deja a mi familia en paz! Tu reputación es más negra que toda la envidia de los míos. ¡Eres tú la que estás manchando el brillo de mi espada! ¡Mi gloria....!
- Estrella.- ¡Ya salió tu espada! ¡Ya salió tu gloria!... como si en la vida no hubiese otras cosas. Yo quiero vivir ¡sí, vivir! Estoy cansada de sueños. Los sueños llevan a la guillotina... y o no quiero más guillotina. Soy una mujer y quiero vivir ahora.
- Napoleón.- Pues, vive... pero, vive decentemente.
- Estrella.- (Abrazándole otra vez) ¡Oh, *Napoleone!* Mi pequeño general... ¡no te enfades! Los héroes no tienen derecho a caer en cosas pequeñas.
- Napoleón.- Sí, es verdad. Pero, los héroes sin descendencia son como un relámpago. Sólo un relámpago. Mi Josefina ... *mio amore*... necesito un hijo... ¡Un heredero mío, de mi sangre!

- Estrella.- Por favor, *Napoleone*, no vuelvas a insistir en ese tema. No te hagas Rey. No renuncies a tu clase. La Revolución no se hizo para volver al boato y a la ceremonia. Bonaparte, cónsul, salvó nuestra libertad ... Bonaparte, emperador, nos vuelve a la esclavitud.
- Napoleón.- (Tras un silencio prolongado va y se sube al caballo de madera. Entonces dice en tono ceremonioso). ¡Josefina!.
- Estrella.- (Situada al pie del caballo) ¿Qué?
- Napoleón.- Lo siento, pero tengo que decirte algo fundamental...
- Estrella.- Por favor, no ...
- Napoleón.- Sí, no tengo más remedio.
- Estrella.- ¡Espera! Sé que estamos ante una encrucijada del destino. Pero, antes, antes quiero que recordemos juntos aquel día de la coronación. ¿Recordáis, Sire? Que emocionante fue oír decir al Papa aquellas palabras:
“¿Vivat imperator in aeternum!”
- Napoleón.- ¡Va, tonterías! Aquello fue el principio del fin. Una ilusión momentánea, tal vez una chiquillada. Beethoven lo vio más claro que yo ... porque después de “aquello” cambió la dedicatoria que me había hecho de su tercera Sinfonía y en su lugar escribió algo que nunca he olvidado: “Sinfonía heroica para celebrar el recuerdo de un grande hombre”. ¡Y es que yo estaba ciego!.
- Estrella.- ¿Y por qué las abejas de oro? Os lo juro, Sire, aquello todavía no lo he entendido...
- Napoleón.- (después de balancearse en el caballo). ¡Ah, no es ningún misterio! Estaban en la tumba de uno de los más antiguos reyes de Francia. Pero, ¿no conoces la leyenda?
- Estrella.- ¿Qué leyenda?

- Napoleón.- “Este vio Sansón, camino de Tinma – dice la leyenda-: He aquí que un leoncillo le salió al encuentro rugiendo. El espíritu del Eterno tomó a Sansón, que desgarró al león como quien desgarró a un cabritillo ... Algún tiempo después fue a ver el cadáver del león, y e aquí que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas y miel... y propuso un acertijo a los filisteos: “De aquel que comía ha salido lo que se come, y del fuerte ha salido lo dulce”.
- Estrella.- No lo entiendo, Sire. Insisto: yo solo soy una mujer que quiere vivir.
- Napoleón.- Mi poderío se debe a mi gloria, y mi gloria a las victorias que he conseguido... Josefina, la conquista me ha hecho ser lo que soy y sólo la conquista puede sostenerme. ¡Necesito deslumbrar al mundo...! En otras palabras, necesito un heredero...
- Estrella.- ¡No!
- Napoleón.- ¡Sí!
- Estrella.- ¿Entonces?...
- Napoleón.- Lo siento, *mio dolce amore*... ¡Tenéis que renunciar! No quiero ser un meteoro que se abrasa con el sol. ¡Necesito un heredero y vos no me lo dais!
- Estrella.- ¡No! ... (y se arroja ante él de rodillas). No *Napoleone* ... ¡eso sería mi muerte! A pesar de todo os amo.
- Napoleón.- Tengo que casarme con un vientre fecundo ... Toda mi vida la he sacrificado a mi destino: La tranquilidad, la dicha, el interés ... ¡Y ahora no puedo ceder!.
- Estrella.- (Llorando) ¡Os amo! ¡os amo! ...
- Napoleón.- Por favor, Josefina... no lo hagáis más difícil. La política no tiene corazón. El Imperio tiene que estar por encima del amor y de todo.

Estrella.- (Se levanta y le da la espalda. Luego, después de un silencio). Entonces ... ¿todo ha terminado?

Napoleón.- (Se baja del caballo y la abraza). Josefina ... no hay posibilidad de que mi dinastía adquiriera solidez si no tengo un hijo.

Estrella.- ¡Qué desgraciados son los tronos!
Napoleón.- Pero, yo seguiré amándote mientras viva... ¡Y mientras viva vas a estar aquí, a mi lado, sobre mi corazón, en mis brazos, sobre mi boca...

Estrella.- Bonaparte ...¡no me aprietes tan fuerte! (Y se suelta de él). algún día, cuando pasen los años ... (Y va retirándose. Desde la puerta) ...Cuando la soledad te mine el corazón y la vida se te escape de dolor y de pena... ¡Volveré! Volveré para recordarte que Josefina no aceptó nunca que la política, ni la gloria, ni el Imperio estuvieran por encima del amor. Sí, *Napoleone*, yo amé siempre a un hombre, sólo a un hombre.... llamado Bonaparte.

Al quedarse solo Napoleón va a montarse en el caballo de madera. Ahora sus movimientos son lentos, pesados y torpes. Cuando ya está sobre el caballo se inclina y va quedando en penumbra a tiempo que entran el Conde de Montholon y Marchand.

Marchand.- Sí, mi general. Su majestad ha empeorado en las últimas semanas... Parece como sí... (y mira a todos lados con temor)... se le hubiera ido la cabeza.

Montholon.- ... ¡Chis! Habla bajo. Marchand. No conviene que circulen estas cosas... Pero ¿tú que observas?

Marchand.- Observo, señor, que su Majestad cada vez habla más a solas. Siempre está como conversando con alguien... y hasta discute y se grita a sí mismo.. La otra tarde, entré yo en el salón sin saber que estaba y oí como llamaba a Massena, a Harmont, a Ney, a Bernadotte... Luego, bajó del caballo de madera y se fue a la cama ... ¡Pues, todavía iba hablando con la emperatriz Josefina!...

- Montholon.- ¿Hablabas con la emperatriz?
- Marchand.- Y no es eso solo, mi general ... ¡que vi hasta cómo quería hacer el amor con ella!
- Montholon.- ¡No es posible!
- Marchand.- Créame, mi general. Su majestad está últimamente muy mal... Además, le dan unos dolores tremendos, que le hacen hasta llorar...
- Montholon.- Pero, Su Majestad nos dice que está bien y que no le duele nada... A veces incluso se siente emprendedor y comienza a hacer proyectos...
- Marchand.- Pues, no es verdad, mi general. Su majestad engaña a todos... cuando se queda a solas es otro. Si apenas puede sostenerse en pie... Señor. (y mira otra vez para todos lados) yo creo que se ha vuelto loco y que está muy mal, muy mal...
- Montholon.- Sí, mi querido Marchand, las cosas no van bien...
- Marchand.- ¡Y ese caballo, mi general! Se pasa las horas sobre él sin inmutarse... Yo no creo que eso sea bueno para un hombre en su estado.
- Montholon.- Ese caballo le está salvando, amigo mío. Si no se le hubiera ocurrido tal vez ya no estaríamos aquí...
- Marchand.- Pues, no lo entiendo.
- Montholon.- Sí, hombre, sí... Ese caballo le sostiene unido a sus recuerdos y a su vida pasada. Es el último eslabón de la cadena... Si pierde contacto con el pasado perderá sus ansias de seguir viviendo...
- Marchand.- ¡Qué duro es tener que verle así!
- Montholon.- Sí, es triste ver cómo se apaga el hombre más grande que ha tenido Francia.

- Marchand.- ¿Y qué podemos hacer, mi general?
- Montholon.- (Tras una pausa) Nada. Eso es lo malo... Lo único que podía salvarle era... salir de esta isla y volver a París... y eso... (dándose un golpe en la palma de la mano con su puño) ¡es soñar!
- Marchand.- Pero, mi general. Le vamos a dejar que muera así...
- Montholon.- ¡Y qué podemos hacer nosotros! Esta isla ha resultado ser como el Infierno... y quien entra en el Infierno... Lo único que nos está permitido hacer es ayudarle a sobrellevar su tragedia y a que no sufra. Seguirle la razón en todo y no contrariar ni el más pequeño de sus deseos.
- Marchand.- Así se hará, mi general.
- Montholon.- ... Y ahora vamos. Nos pueden necesitar (y salen ambos)

(DESPUES LA ESCENA SE VA ILUMINANDO POCO A POCO Y SE VE A NAPOLEON REOSTDO SOBRE EL CUELLO DEL CABALLO, ESTA VESTIDO DE COLONO (CHAQUETA Y PANTALON MANGUIN Y SOMBRERO DE PAJA). LUEGO, SE VA INCORPORANDO Y COMIENZA A CABALGAR... MIENTRAS POR LA PARTE SUPERIOR ENTRA EL OTRO Y QUEDA CONTEMPLANDO...)

- El otro.- (tras un silencio) Galopa soldado... Huye de ti mismo... los horrores de la guerra te persiguen... los pueblos se han levantado contra el tirano... el campo se pudre por falta de manos... Galopa soldado... no mires atrás... las muerte es demasiado fea... los hombres son libres ... (y calla)
- Napoleón.- (yo quieto y como disgustado) Otra vez vuelves a ser inoportuno... Espero que algún día lo comprendas...
- El otro.- Comprender ¿qué?
- Napoleón.- Que mi destino es estar solo.

El otro.- Tu soledad es una sólida... Quieres estar solo para no tener que razonar.

Napoleón.- Quiero estar solo para vivir... para vivir los últimos años, tal vez los últimos días. Ser un hombre normal...

(ENTONCES SE BAJA Y TOCA FUERTEMENTE UNA CAMPANA, NAPOLEON PARECE, DE PRONTO, OTRO. SE MUEVE CON GRAN AGILIDAD Y COMO LLENO DE VIDA COMIENZA A LLAMAR A MARCHAND)

Marchand.- ¡Vamos, Marchand! Ya es de día, levántate. Perezoso. Eres un perezoso.
(entra corriendo y todavía soñoliento) Buenos días, Sire. Buenos días, Majestad...

Napoleón.- ¿Qué? ¿Has dormido bien? Anda, vamos, coge el pico y la pala y plántame los árboles que quedan... Ya sabes, remueves la tierra y echas el estiércol... Ah, y ojo con el agua... puedes ahogarlos...

Marchand.- Está bien, Sire... lo haremos todo como nos ha indicado... Y ahora con vuestro permiso me retiro ... (y sale)

Napoleón.- (a Marchand, aunque éste ya ha salido de escena) Ah, y prestad atención a las cascadas.. Que el agua al caer no haga demasiado ruido...

El otro.- (tras una pausa) Veo que seguís empeñado en vuestros planes de jardinería.

Napoleón.- Quiero dar la vida a este desierto... antes de morir yo.

El otro.- Ya. Ya lo veo. Vuestro temperamento sigue inquieto. Como siempre lo imposible os atrae y os domina.

Napoleón.- ¿Por qué ha de ser imposible plantar árboles y traer agua a esta tierra?, ¿por qué no pueden vivir aquí las flores como en cualquier otro lugar?... No hay imposibles, todo es cuestión de voluntad y de medios...

El otro.- Y de clima, Sire. Y de clima. O acaso es que “vuestras” flores van a resistir este sol feroz... ¿Y vuestros árboles? ¿soportarán vuestros árboles este viento que arrastra la tierra y deja las rocas peladas?

Napoleón.- (orgullosa) ¡Lo conseguiré! Algún día este pedregal será un vergel...

El otro.- (cínico) ¡Claro! Para Napoleón no hay nada imposible. Napoleón es invencible.

Napoleón.- ¡Bah!, contigo no se puede hablar.

(EN ESTE MOMENTO ENTRA EL CONDE DE MONTHOLON)

Montholon.- Buenos días, Sire ¿cómo se encuentra hoy su Majestad?

Napoleón.- Ah, Montholon, buenos días... Me encuentro muy bien... Y vos ¿qué tal habéis dormido?

Montholon.- Ya sabéis. Lo único que en esta isla hacemos bien es dormir.

Napoleón.- ¿Vuestra excelencia tiene algo que comunicarme? Se dice que hay un barco a la vista.

Montholon.- No sé, Sire. Todavía no he visto a nadie esta mañana.

Napoleón.- Pues, tomad mi antejo y mirad desde los ventanales... Desde ahí se ve todo... hasta la nada...

(Y LE ENTREGA EL MISMO SU ANTEJO QUE CUELGA DE UNA DE LAS PAREDES, MONTHOLON TOMA EL APARATO, SUBE LA ESCALINATA Y MIRA EL EXTERIOR, DE UNOS MINUTOS SE VUELVE Y DICE)

Montholon.- Pues, no se ve anda, Sire.. El mar se pierde en el horizonte tremendamente monótono.

- Napoleón.- No sé cómo me han dicho entonces que había un barco a la vista.
- Montholon.- Tal vez se hayan confundido. Lo que apareció ayer fue una cometa.
- Napoleón.- (sorprendido) ¡No!
- Montholon.- Sí, Majestad. Se vio perfectamente durante unos minutos...
- Napoleón.- Mal asunto. Eso quiere decir que estoy en las últimas.
- Montholon.- (sin entender) ¿Por qué, Sire?
- Napoleón.- Porque... ese fue el signo precursor de la muerte de César. Pero, no me importa. Sé que la suerte está echada y que estoy tocando fondo... Voy a devolver mi cadáver a la tierra...
- Montholon.- (baja y se acerca a Napoleón) Vuestra Majestad tiene aún acuerda para rato.
- Napoleón.- Sí, sí... para mucho rato. Ya lo veremos... (tras una pausa) Y a propósito, Montholon, tengo que hablar con vuestra esposa... La condesa últimamente parece evitar mi compañía... ¿Es que ya no me quiere?
- Montholon.- Por Dios, Sire ¿cómo se os ocurre pensar una cosa así?
- Napoleón.- Ah, mi fiel Montholon, porque conozco a las mujeres mejor que nadie... (y malicioso) o acaso sois vos quien le ha prohibido que venga...
- Montholon.- ¡Majestad! ¿Os habéis levantado hoy con intención de ofenderme?
- Napoleón.- (como si hablase solo) Pues, yo podría darle un medallón de diamantes... La señora de Montholon es muy hermosa... y bien podría ella alegrarme esta mañana... Sí, decidle que venga.

- Montholon.- Oh, Majestad, le haré saber vuestros deseos y estará aquí rápidamente. Ya sabéis, Sire, que la condesa es una rendida admiradora de vuestra persona...
- Napoleón.- Entonces, id presto a avisarla... Estoy ansioso por verla de nuevo.
- Montholon.- Muy bien, Majestad (y sale)
- El otro.- (sentado al lado en el caballo y una vez que quedan solos) lo que me faltaba por ver... Creí que habíais caído hondo, pero no tanto.
- Napoleón.- (que se ha puesto el capote sobre el vestido de Colono y se ha dejado caer sobre la cama de campaña) La condesa es una antigua amiga y el conde uno de mis más fieles generales.
- El otro.- Pues, eso. Eso es lo censurable en vuestra conducta... Quien paga así la fidelidad sólo merece un calificativo... Ahora descubro que además de desagradecido sois un vulgar ladronzuelo...
- Napoleón.- (sin inmutarse) Yo no robo nada a nadie. Yo acepto lo que me ofrecen... y además soy un hombre corriente que necesita lo que los demás hombres corrientes...
- El otro.- No, mentira. Vos no buscáis en la condesa lo que cualquier hombre... Ni siquiera en los mejores días de las Tullerías, buscabais en las mujeres lo que otros... Vos siempre habéis sido dis-tin-to a la hora de hacer el amor... Pero, esto, me parece una felonía.
- Napoleón.- ¿Por qué? ¿Es que los desterrados no tienen derecho a eso?
- El otro.- Traicionar a un fiel servidor por una pasión intensa o un sentimiento incontrolado es, digamos, humano. Hacerlo por aburrimiento, con desgana, sin amor, ni siquiera por deseo... es bajo. Bajo y rastrero.

Napoleón.- (abandonado) En el infierno no hay nada bajo y rastrero...
Los condenados se aburren eternamente...
¡Yo no elegí este infierno!

(ENTRA ENTONCES SIN PREVIO AVISO ESTRELLA, VISTE AHORA DE MANERA DISTINTA PARA DAR SENSACION DE REALIDAD, MIENTRAS HABLA CON NAPOLEON Y A LO LARGO DE ESTA ESCENA, EL OTRO PERMANECE SENTADO SOBRE EL CABALLO)

Estrella.- ¿Me buscabais, Sire?

Napoleón.- (se incorpora un poco) Oh, condesa ¡qué agradable visita!
¡Y qué guapa estáis!

Estrella.- Sois vos, Majestad, quien estáis casi recuperado del todo.

Napoleón.- (en otro tono) No digáis tonterías. Estoy en las últimas. Mi cuerpo ya no me responde. Soy un cadáver que quiere vivir.

Estrella.- Vos siempre igual. Sire. Si no fuera porque os hemos visto cabalgar días y noches enteros tras decir que estabais enfermo, no os creería... (y zalamera) ¡Ande, no sea pesimista! ¿Recordáis aquella tarde de Marengo? Al mediodía parecía que era el fin y luego... ¡vaya derroche de valentía!

Napoleón.- Entonces yo tenía treinta años escasos... y ahora tengo medio siglo y veinte úlceras.

Estrella.- (sentándose a los pies de la cama) ¿Desde cuándo medís vos la fuerza por el número de años?. Sire, los años sólo son un refugio... para quién ha perdido el fuego... ¿acaso vos lo habéis perdido?

Napoleón.- (sonriente) ¡Qué inteligente, condesa! Sí, es verdad... aunque ahora creo que hay algo más detrás de todo esto... Pero, decidme ¿y vos, ¿cómo estáis? Tengo entendido que vuestro parto os dejó muy delicada de salud.

- Estrella.- (se levanta y le da la espalda) Ya pasó todo. Ahora lo que cuenta es el porvenir.
- Napoleón.- ¿Por qué os preocupa el porvenir?
- Estrella.- Porque vos no estaréis siempre... y porque esta isla...
(pausa)
- Napoleón.- Ya lo sé. Esta isla es insostenible para una mujer joven y bonita.
- Estrella.- ¡Y sin porvenir!
- Napoleón.- (tras una pausa) Supongo que querréis decir lo que yo estoy pensando ¿no?
- Estrella.- Creo que suponéis bien.
- Napoleón.- Entonces, decidme qué queréis...
- Estrella.- Quiero que penséis en la pequeña Napoleona...
- Napoleón.- Ya he pensado en esa niña y en vos, condesa, pero disimulad al menos un poco. Es duro saber que hay que pagarlo todo.
- Estrella.- Me ofendéis, Sire.
- Napoleón.- Las mujeres no os ofendéis por estas cosas. Ponéis vuestro precio y en paz. Hay quien ambiciona un trono y hay quien se conforma con un medallón... Vos, ¿qué deseáis?
- Estrella.- (tras una pausa) Me ha gustado siempre el estuche de oro que usasteis la mañana de Austerlitz... pero tampoco me disgusta el camafeo antiguo que el Papa os dio en Tolentino...
- Napoleón.- (tras otra pausa) A fe de Dios que sabéis lo que queréis... Bien. Vuestros serán ambos si todavía...

Estrella.- (se vuelve y comienza a desnudarse) Oh, Sire, que fácil resulta soñar con vos. (y medio desnuda se echa en la cama con él)

Napoleón.- (tras besarla intensamente) A estas alturas comprenderéis que sobran todas las riquezas, condesa. Pero, venid, venid más cerca... Apretaos contra mí y hacedme sentir mis pasiones de antaño.

Estrella.- Sire, todo... todo....

(Y SE BESAN LARGAMENTE EN UNA ESCENA QUE PUEDE SER TODO LO “INTENSA” Y REAL QUE SE QUIERA. HASTA QUE DE PRONTO ESTRELLA SALTA DE LA CAMA Y A PASO DE DANZA HUYE DE NAPOLEON RIENDO)

Napoleón.- (medio incorporado en la cama y excitado) ¡Condesa!

Estrella.- (entre risas y danzas) Ja, ja, ja... Mi querido Napoleón... Otra vez habéis caído en la trampa...

Napoleón.- (más excitado) ¡Condesa!

Estrella.- Sire, despertad de vuestro letargo pasional... Yo no soy vuestra condesa.

Napoleón.- (como sorprendido) ¿Qué decís?

Estrella.- Lo que oís, Majestad (y hace una gran reverencia)

Yo soy ¡vuestra estrella!

Napoleón.- (riendo otra vez) Ja, ja, ja... la condesa María Waleska (y hace una reverencia) No, mejor dicho, soy la emperatriz Josefina (y hace un gusto imitándola) NO, tampoco, soy... (y con gran ceremonia) María Luisa de Austria...

Napoleón.- (gritando) ¡Condesa!

- Estrella.- (quieta y grave) Por favor, no gritéis, Majestad. Vuestra salud puede empeorar.
- Napoleón.- Pues, decidme de una vez qué broma es esta.
- Estrella.- Sire, no es ninguna broma. Yo soy vuestra estrella, vuestra compañera de tantas y tantas victorias...
- Napoleón.- (ahora tosco y serio) ¿y qué hacéis aquí?
- Estrella.- Ya os lo dije. Ayudaros a escapar.
- Napoleón.- Pero, yo no quiero escapar.
- Estrella.- Pues, hasta que os decidáis yo estaré a vuestro lado.
- Napoleón.- (se sienta otra vez al borde de la cama y se agarra la cabeza con ambas manos)
¡Es que os habéis propuesto que me vuelva loco!
- El otro.- (que hasta ahora ha permanecido en silencio)

El destino es implacable con los tiranos... Ya os previne.
- Estrella.- (como sorprendida y tratando de cubrirse con sus propios vestidos) ¡Qué hacéis vos aquí!
- El otro.- (muy tranquilo y sin inmutarse) Lo que vos. Esperar. Esperar hasta que finalice todo.

(ENTRA ENTONCES, CASI CORRIENDO, EL CONDE MONTHOLON. QUIEN A VER LA ESCENA QUEDA PARADO Y COMO ANONADADO)

- Montholon.- Sire,...
- Napoleón.- (Levantado la cabeza) ¡Mi fiel Montholon! Venid, ayudadme a vestirme. Estoy muy cansado y Marchand tardará aún.
- Montholon.- (da un paso y se detiene sin hablar)

Napoleón.- ... en cuanto a la condesa no os alarméis... ya se iba... Ha sido muy amable con hacerme compañía estas horas de aburrimiento ... Algún día os recompensaré generosamente vuestra nobleza y vuestra lealtad, Montholon...

(ENTONCES SALE ESTRELLA TODAVIA CUBRIENDOSE SU DESNUDEZ CON SUS PROPIOS VESTIDOS Y SIN DECIR NADA... SOLO AL PASAR JUNTO AL CONDE SE DETINE UN POCO, L MIRA Y AGACHA LA CABEZA)

Montholón.- Sire... (y e acerca)

Napoleón.- Así es la vida, amigo mío. Las mujeres no merecen nuestra entrega. Hay que tratarlas con indiferencia... y si me apuras con cierto desprecio.. Son como los pueblos: ingratas, infieles y tornadizas.

Montholon.- Sire...

Napoleón.- Yo os agradezco en el alma que no os enfadéis con este pobre diablo por sus devaneos con la condesa... Sabéis ¡es la soledad! Me siento horriblemente solo. Si me hubieran dejado, al menos, estar con mi familia. Pero, vos sabéis que mi mujer...

Montholon.- Sire... no os preocupéis. Eso son habladurías...

Napoleón.- (Mientras le ayuda a vestirse Montholon)
No, amigo mío. Eso son cosas que se presienten... y yo presiento que mi mujer y mi hijo se han olvidado de mí...

Montholon.- No digáis eso, Majestad, vuestra mujer y vuestro hijo... ¡estarán sufriendo tanto!

Napoleón.- No seáis tonto, Montholon. Mi mujer no está sufriendo nada... Las mujeres resuelven esas cosas con gran facilidad... y por lo que se refiere a mi hijo, ese ni se acuerda ya de su padre... es la ley de la vida... Todo lo demás, incluido el amor, son espejismos.

- El otro.- (burlón) No decíais eso de Josefina...
- Napoleón.- (ante la sorpresa de Montholon) No, no lo decía. Pero, es que Josefina era distinta.
- El otro.- ¡Claro! Era la que más y mejor os engañaba.
- Napoleón.- Bueno, pues a pesar de eso... (y tras una pausa) Josefina fue la única mujer que llegó a quererme de verdad.
- El otro.- (burlón) Sería en justa recompensa a la patada que la distéis.
- Napoleón.- No seáis grosero. Si me divorcié fue por bien del Imperio...
- El otro.- El bien del Imperio fue la coartada. Si fueseis sincero diríais la verdad.
- Napoleón.- ¡Y que importa a estas alturas la verdad!... Cuando las cosas salen mal hay que aceptarlas como vienen.
- El otro.- Sí, sí importa. Sobre todo, si no queréis que muera del todo vuestra obra... Si lo que deseáis es salvar el bonapartismo que vuestros herederos, debéis pensar cada palabra, cada paso, cada silencio...
- Napoleón.- Ya lo hago. Me habrán quitado la vida, pero no dejaré que me arrebaten el futuro... ¡El futuro es mío!
- Montholon.- (que ha permanecido callado y muy sorprendido de ver a Napoleón hablando solo)
Sire... ¿qué os pasa?
- Napoleón.- (volviéndose también). Nada, mi querido Montholon, es mi cabeza que se va.
- Montholon.- Sire, debierais hacer más caso a vuestro médico y seguir sus consejos.

Napoleón.- ¡Bah!, al diablo la medicina... ¿para qué sirve? En el interior hay algo que me electriza y que mueve la máquina... Todo es cuestión de voluntad.

Montholon.- Bueno, pues a pesar de todo, creo que os vendría bien trataros médicamente. Este clima es muy perjudicial y hay que combatirlo.

(EN ESTO ENTRA CORRIENDO, TODAVIA CON LA PALA EN LAS MANOS Y CASI LLENO DE BARRO, MARCHAND, ASUSTADO)

Marchand.- Sire, Sire... ¡el Gobernador! (ahogándose) ¡el Gobernador!

Napoleón.- ¡Qué pasa, hombre! ¿Por qué corres de ese modo?

Marchand.- Sire, el Gobernador viene con todos los soldados del 5º...? A ver Montholon, salid y enteraos de los motivos de esta inesperada visita...

Montholon.- Sí, Majestad... (y sale)

Marchand.- Sire, ya es hora de dar una lección a este inglés.

Napoleón.- Bueno, bueno... tú prepara mis pistolas por si acaso.

Marchand.- (descuelga las pistolas y las monta)
Majestad, dejadme a mí. Vos sois demasiado grande para enfrentaros a un enemigo tan pequeño.

Napoleón.- Pero, es mi deber, Marchand... Anda, no te metas tú en estas cosas y dame esas pistolas.

El Otro.- (da un salto, se baja del caballo y se va hacia los ventanales) ¡Vaya, esto se pone interesante! El genio de la guerra va a echar por la borda su grandeza. ¡Oh, mi *Napoleone!*

(ENTRA MONTHOLON AL TIEMPO QUE SE OYEN FUERTES GOLPES EN LA PUERTA Y GRAN AJETREO)

Montholon.- Sire... es el Gobernador.

Napoleón.- Ya lo sé. ¿Qué quiere?

Montholon.- (respetuoso y sereno) Quiere veros, Majestad.

Napoleón.- ¿Verme?

Montholon.- Sí, Majestad.

Napoleón.- (despectivo) Pues, decidle que yo no quiero verle a él... y decidle más, que no volverá a verme mientras viva.

Montholon.- Sire...

Napoleón.- (cortándole) Montholon. ¡Obedezca mis órdenes!

Montholon.- Muy bien, Sire... (y sale)

(GRAN SILENCIO QUE NINGUNO SE ATREVE A ROMPER)

Montholon.- (vuelve a entrar y desde la misma puerta)
Sire, el Gobernador insiste en veros y amenaza con echar la puerta abajo.

(SE OYEN ENTONCES UNOS FUERTES GOLPES Y UNA VOZ QUE GRITA DESDE FUERA)

Una voz.- ¡Abrir en nombre de la autoridad!

Napoleón.- (ya con las pistola en las manos)
Muy bien, Montholon. Salid y decid a ese bellaco que puee entrar a ver mi cadáver.

Montholon.- (asustado se acerca a él) ¡Majestad!

Napoleón.- ¡General! Obedezca lo que le he dicho... (y sale Montholon) Si este sujeto quiere pisotear el honor de Napoleón, Napoleón quiere demostrarle a él que por encima de la adversidad y de todo está el honor de un soldado francés.

(SE OYEN DE NUEVO FUERTES GOLPES Y ENTRAN EN TROPEL MONTHOLON, EL GOBERNADOR Y VARIOS SOLDADOS DE LA GUARDIA, QUE SE DETIENEN DE GOLPE AL VER AL EMPERADOR)

Montholon.- (furioso) ¡Villanos! ¡También la fuerza vais a emplear contra un hombre indefenso! ... No os conformáis con haberme asesinado largamente, minuciosamente, con premeditación. No os conformáis con haberme rodeado de cadenas y haber pisoteado mi dignidad... ¡Queréis más! Pues bien, dad un paso al frente y tendréis que pasar por encima de mi cadáver... (se pone las pistolas dirigidas hacia su pecho). Dad un paso al frente y habréis culminado vuestra obra, Gobernador... Y si no tenéis valor para darlo, tenedlo al menos para salir de esta casa y decid al mundo que Napoleón lega el oprobio y el horror de su muerte a la familia reinante de Inglaterra... (y amenazante avanza hacia ellos) Y ahora salid. Salid de aquí o disparo mis pistolas.

(SE PRODUCE UN MOMENTO DE TENSIÓN, QUE SE ROMPE SIN PALABRAS CUANDO EL GOBERNADOR DA MEDIA VUELTA Y SALE SEGUIDO DE LOS SOLDADOS. ENTONCES NAPOLEON COMIENZA A REIR HISTERICAMENTE HASTA QUE CAE AL SUELO LLENO DE DOLORES, ENTRE MONTHOLON Y MARCHAND LE ARRASTRAN HACIA LA CAMA, DONDE QUEDA SENTADO Y APOYADO EN VARIOS COJINES. LAS LUCES GENERALES VAN APAGANDOSE POCO A POCO Y UNA CENITAL ROJA SE VA CONCENTRANDO EN NAPOLEON HASTA QUE LENTAMENTE TODO QUEDA A OSCURAS. ENTONCES SUENA UNA MARCHA GUERREA Y VAN PROYECTANDOSE UNA SERIE DE DIAPOSITIVAS EN COLOR QUE MUESTRAN DIVERSAS ESCENAS DE LAS BATALLAS MAS CELEBRES DEL EMPERADOR).

(DESPUES, OTRO HAZ DE LUZ – QUE PUEDE SER VERDE- ILUMINA UNA PAREJA QUE HABLAN SENTADOS EN UN BANCO, EN EL QUE APENAS SI CABEN DOS PERSONAS: SON EL EMPERADOR NAPOLEON Y LA HEREDERA DEL TRONO DE SUECIA, PRINCESA EUGENIA DESIREE (QUE NO ES OTRA QUE ESTRELLA). EL EMPERADOR VISTE EL UNIFORME VERDE DE LOS

CAZADORES DE LA GUARDIA Y DESIRÉE UN VESTIDO BLANCO Y UN SOMBRERO ADORNADO DE UN HERMOSO PAR DE CLAVES ROJOS QUE SOSTIENE AHORA ENTRE SUS MANOS. LUEGO HABLAN. ES UNA CONVERSACIÓN EN TONO LEJANO, DISTANTE).

Napoleón.- Hace mucho que no te veía, Desirée.

Desirée.- Sí, es verdad...

Napoleón.- El destino nos separa demasiado.

Desirée.- Acaso, fuimos nosotros...

Napoleón.- (tras un silencio) ¿Sabes? Estoy esperando un importante mensaje del Gobierno?... Y no estoy acostumbrado a esperar.

Desirée.- (saca un escrito lacrado de su cartera) Pues, no quiero hacerle esperar más (y ceremonisamente). Aquí tiene, general Bonaparte, si mensaje del Gobierno...

(NAPOLEON TOMA EL SOBRE Y SE LEVANTA RAPIDAMENTE DANDOLE LA ESPALDA, LUEGO LO RASGA Y LEE APRISA, DESPUES SE VUELVE SORPRENDIDO Y DICE)

Napoleón.- Desirée, ¿cómo me entregas tú, precisamente, este mensaje? Tan poca cosa me consideran ya para no merecer, al menos, la visita de un ministro o de un general?

Desirée.- (sin inmutarse) General... ¿no os basta con la princesa heredera de Suecia?

Napoleón.- ¿Qué queréis decir, Desirée?

Desirée.- Quiero decir que el Gobierno francés me ha pedido que viniese a comunicarle las condiciones que exigen los aliados para no destruir París. Es necesario que parta usted inmediatamente. No le queda otra alternativa.

- Napoleón.- (tras un silencio) A un general victorioso en tantas batallas no se le puede decir eso.
- Desirée.- Precisamente porque se quieren evitar nuevos derramamientos de sangre estoy yo aquí.
- Napoleón.- Y si... fuera necesario salvar el honor?
A veces, una nación necesita derramar la sangre de sus hijos para encontrarse a sí misma y escapar de la podredumbre.
- Desirée.- General Bonaparte... la paz vale demasiado para ponerle precio.
- Napoleón.- Está bien... (y se sienta de modo que quedan juntos, juntos)... Algún día tenía que llegar... Estaba escrito... (pausa) ¿Recuerdas? Hace muchos años - ¿cuántos, Desirée? - te dije unas palabras muy parecidas.
- Desirée.- Las recuerdo. Nunca olvidaré aquellas carreras en las que usted, a veces, me dejaba hasta ganar... Entonces era usted un general que quería comerse el mundo...
- Napoleón.- (cortándole)... ¡Y el mundo me ha comido a mí! ¿verdad?
- Desirée.- El mundo puso freno a un hombre demasiado ambicioso.
- Napoleón.- (tras un silencio) Desirée, ¿has olvidado la primera vez que te besé? (y la mira intensamente)
- Desirée.- Hay cosas en la vida de una mujer que nunca se olvidan... Al menos yo nunca olvidé el día que os prometisteis a Josefina.
- Napoleón.- (otro silencio) Y si me dejo apresar ¿qué sucederá?
- Desirée.- No lo sé.
- Napoleón.- (poniéndose otra vez de pie y mirando al público)
Pues, yo sí. Sé que me espera otra isla... ¡Santa Elena!

- Desirée.- ¿Dónde está Santa Elena?
- Napoleón.- (dándose un puñetazo en la palma de la mano) Más allá del cabo de Buena Esperanza... más allá de la vida y de la muerte... ¡En el Infierno!
- Desirée.- (se levanta también) Ahora, e marchó.
- Napoleón.- Esperad... ¡Alteza Real! (y de pronto prorrumpe en fuerte risa) Ja, ja, ja ... Espera Desirée... (Y con gran rapidez desenvaina el sable y se lo ofrece). Aquí tienes, Desirée, tómallo. Es el sable de Waterloo...
- Desirée.- (sin saber que hacer) ¿Qué quieres decir?
- Napoleón.- No me hagáis que lo repita... Coged el sable y que todo acaba pronto (Desirée lo toma) Ahora, ya podéis decir que soy prisionero de los aliados ... ¡Vuestro prisionero!
- Desirée.- (Que por fin ha entendido) Gracias, General Bonaparte... Algún día recordaréis este momento, y os alegraréis.
- Napoleón.- (dándole la espalda) Sí, algún día lo recordaré... En el infierno queda tiempo para todo... (y en otro tono) Por favor, Desirée, marchaos ya, es demasiado cruel.
- Desirée.- adiós, General Bonaparte...

(Y SALE MIENTRAS LA LUZ QUEDA ILUMINADO A NAPOLEON DE ESPALDAS Y SE VA APAGANDO POCO A POCO)

(DESPUES DEL OSCURO TOTAL LA LUZ CENTRAL DE ANTES COMIENZA A ILUMINAR DE NUEVO LA CAMA Y A NAPOLEON, QUE ESTA SENTDO SOBRE ELLA... FUERA SE OYEN, COMO SI VINIERAN DE MUY LEJOS, LO COMPASES DE LA MARSELLERA, CUANDO TRANSCURREN UNOS SEGUNDOS, SE ENCIENDEN LAS LUCES GENERALES, NAPOLEON SE LEVANTA E INTENTA CAMINAR HACIA EL CABALLO, PERO CAE AL SUELO Y AUNQUE HACE POR LEVANTARSE NO PUEDE... ENTONCES EMPIEZA A REIR Y ANDAR A CUATRO PATAS MAS AGIL Y COMO SI SE HUBIERA RECUPERADO. MIENTRAS RECORRE LA ESCENA A

GATAS LADRA COMO UN PERRO Y DICE)

Napoleón.- Juau, juau, juau... yo soy el lobo que se come a los hombres... jau-ú-ú (luego, se sienta y prosigue) Sí, yo me comí dos millones de franceses... y el dolor de las madres de Francia... Sí, yo me comí el Terror y la Guillotina... Sí, yo me comí la Revolución...

(y arrastrándose así en esa postura se acerca hasta el caballo de madera y le hace frente). Y tú ¿qué te comiste tú?... Ah, sí, tú te comiste Italia, Egipto, España, Austria, Prusia, Polonia, Rusia... y Waterloo... ¡Ah, granuja, por eso reventaste un día: porque te comiste Waterloo! Pues bien reventado estás...

(GRAN SILENCIO Y OTRO INTENTO DE PONERSE DE PIE, COSAS QUE A DURAS PENAS CONSIGUE AGRARRANDOSE A LAS PATAS DEL CABALLO DE MADERA)

Ahora, ya ves. Tú ere un caballo de madera y yo soy una piltrafa... Bueno, si quieres engañarme, todavía me puedes decir: ¡Su Majestad el Emperador Napoleón!... Dime, amigo, y todo ¿para qué?... ¿mereció la pena? ¿o que lo estamos soñando ahora?...

(HACE UN GRAN ESFUERZO Y CONSIGUE MONTAR SOBRE EL CABALLO DE MADERA; LUEGO COMIENZA A BALANCEARSE Y DESPUES GRITA)

¡Ingleses! (y otra vez silabeando más) ¡In-gle-ses!

(LUEGO SE PONE LA MANO DERECHA EN LA BOCA HACIENDO DE EMBUDO Y LANZA UN SONIDO SOEZ)

¡Pef-f-f-f-f!...

(A CONTINUACION CAE SOBRE EL CUELLO Y QUEDA COMO MUERTO. EN ESE MOMENTO ENTRA EL CONDE DE MONTHOLON, QUE AL VERLO EN ESA POSICIÓN CORRE CON INTENCIÓN DE AYUDARLE)

Montholon.- Majestad, majestad...

(NAPOLEON SE DESPIERTA Y SE QUEDA MIRANDOLE FIJAMENTE. LUEGO, Y DE PRONTO, LE DA UN PUNTAPIE EN EL PECHO Y LE LANZA AL SUELO DE ESPALDAS. SIN DECIR PALABRA EL CONDE SE LEVANTA Y EN TONO OFENDIDO LE DICE)

Montholon.- Sire, creo que no me merezco esto...

Napoleón.- (después de mirarle otra vez fijamente y como el hablara consigo mismo) ¿Sabes Montholon que tu mujer se acuesta conmigo? ¿sabes que tu hija es mi hija? Ah, ¿no lo sabías? Pregunta, pregunta a tu alrededor y te lo dirán...¿Recuerdas cuando te dije que esa mujer no te interesaba? ¡claro, entonces te tenía tan ciego!... y es que... se mueve tan bien en la cama ¿eh?

Montholon.- (tras un silencio pesado) Sire, os digo otra vez que no merezco este trato de Vuestra Majestad... Sabéis bien que hasta mi vida os pertenece y que haré siempre lo que vos digáis, pero eso no debe permitir que me ofendáis y me humilléis... La adversidad no debe hundir en el fango a un espíritu noble... (y calla señorial y humildemente)

(NAPOLEON TRAS UN SILENCIO FERROZ SE LANZA DEL CABALLO, COMO SI ESTUVIESE EN PLENAS FACULTADES, Y ABRAZA A MONTHOLON MIENTRAS CASI LLORANDO DICE)

Napoleón.- ¡Oh, mi fiel amigo Montholon! Perdonadme mi osadía y mi locura... Sí, ahora sí que lo veo todo claro: ¡estoy loco! ¡loco!... ¡loco!... (y comienza a caerse)

Montholon.- (lo abraza también) ¡Sire!

(Y LUEGO LO VA ARRASTRANDO, OTRA VEZ, HASTA DEJARLO SOBRE LA CAMA. DESPUES SE ACERCA A LA PUERTA Y LLAMA CASI A GRITOS)

¡Marchand!

(PERO, ANTES DE QUE APAREZCA MARCHAND ENTRA POR EL LADO OPUESTO, SILENCIOSAMENTE, EL OTRO Y DESDE ARRIBA SE DIRIGE A MONTHOLON)

El otro.- Ya veis, mi querido amigo... Un fiel compañero vuestro y de ... (señalando a la cama) Su Majestad el Emperador.

Montholon.- Nunca os había visto. ¿cuándo habéis llegado?

El otro.- Yo a vos si que os he visto. Y aquí llevo, como vos, seis años. Tan largos como veinte campañas de Rusia.

Montholon.- Pero ¿quién sois?

El otro.- Eso no importa. Si me queréis llamar de algún modo decidme el Otro. Yo soy, ciertamente, el otro Napoleón que vos no conocíais...

Montholon.- Y ahora ¿qué queréis?

El otro.- Ahora, sólo pretendo ayudarle a morir con el valor que supo vivir...

Napoleón.- (algo recuperado) Será si yo quiero morir.

Montholon.- (volviéndose al emperador) ¡Sire!

El otro.- Todos tenemos que morir.

Napoleón.- (echándose fuera de la cama) Sí, todos tenemos que morir... pero, no cuando los demás quieran. Hasta el acto de morir es cuestión de voluntad... Se muere quien ya no quiere luchar más, quien se da por vencido... Ah, pero yo todavía no me he dado ni voy a darme por vencido... Mi misión no ha terminado.

El otro.- (cortándole) Tonterías. Vos sois como los demás... y más llegado el último momento. Porque vuestra mi-si-ón si ha ter-mi-na-do.

- Napoleón.- No, todavía he de ver a mi hijo, recuperar el Imperio... los franceses volverán a gritar ¡"viva el emperador"! Y yo no seré ese emperador.. pero, estaré allí (pausa) ¡Cómo se nota que no conocéis a los Bonaparte!
- El otro.- Porque los conozco muy bien sé que no hay ninguno capaz de seguir vuestros pasos...
- Napoleón.- Eso ya no importa... No importará como sean ellos... Porque será Francia la que los reclame. Llegará un día que los franceses comprenderán la verdad y nos llamarán a gritos... (y calla)
- El otro.- ¿Qué ocurrirá ese día?
- Napoleón.- Ese día ... acaso sea posible la Europa unida con que yo he soñado siempre.
- El otro.- Eso. Eso son vuestras palabras. Eso ha sido vuestra vida... un sueño. Una quimera.
- Napoleón.- Sí, pero sueños posibles; sueños que tiene lógica... También Colón soñó y ahí está el nuevo mundo. Hay quien sueña hacia atrás y hay quien sueña hacia adelante... Quién hace esto último no sueña, lee... lee el futuro... y yo leo en ese futuro que esta Europa dividida y enfrentada olvidará las guerras y borrará las fronteras. Y entonces...
- El otro.- ... entonces vos no seréis más que polvo y huesos.
- Napoleón.- (como si no le hubiera oído) ... Entonces los pueblos harán justicia y volverán sus ojos a Napoleón. Mi destino no se ha consumado.
- Tengo que hacer de todos los pueblos de Europa un solo pueblo y de París la capital del mundo.
- El otro.- ¡Vaya! Luego, aceptáis que la muerte os alcanzará... como a todos.

- Napoleón.- La muerte, sí... pero también la inmortalidad. Como a César, como a Alejandro... ¿o es que no viven ellos entre nosotros?... Sólo los seres vulgares mueren para siempre... (calla, y antes de que el Otro hable dice) ... y ahora basta. Como siempre tu presencia me desagrada. Vete.
- El otro.- (ceremonioso) ¿Me permitís, al menos, una última palabra, Majestad?
- Napoleón.- (seco) ¡Decid lo que queráis!
- El otro.- Pues bien... (y sube hasta los ventanales, luego se vuelve y recalcándolo dice ¡Far-san-te...! (y sale rápido)
- Napoleón.- (casi instintivamente le tira el primer objeto que encuentra a mano y exclama) ¡Traidor! ¡Realista! ... Fuera de aquí, fuera, fuera... (va subiendo de tono)
- Montholon.- (acercándose a él) ¡Sire! Por favor, no os enfadéis... Os perjudica.
- Napoleón.- (brusco) ¡Dejadme en paz!... (y como hablando consigo mismo) sois todos como cuervos. Estáis aquí rondando a mi alrededor para ver quién cae el primero sobre mí. Ni los buitres lo hacen tan a las claras... Ah, y pensar que yo creía conocer a los hombres. Lobos, chacales, serpientes, tigres, cocodrilos, leones... ¡eso somos todos!

(SE LLEVA DE PRONTO LAS MANOS AL VIENTRE Y SE QUEJA FUERTEMENTE)

- Montholon.- Majestad...
- Napoleón.- (más amistoso) Es la máquina... ¿sabéis? La máquina que debe tener algunos granos de arena... (y ayudado por Montholon se sienta otra vez en la cama) ¿Por qué no caí en Moscú o en Wágran, o en Waterloo? ¿por qué? Si hubiese muerto en Waterloo mi vida habría tenido grandeza hasta el final... pero, no, no podía ser... hubiera sido demasiado hermoso, y alguien está interesado en que

Napoleón desaparezca conmigo... ¡Oh, Montholon, ayúdame, no puedo!

Montholon.- (Le ayuda a medio tumbarse en la cama) Sire, descansad... Luego continuaremos.

Napoleón.- No, luego puede ser tarde. Y quiero dejarlo todo en su sitio. Traedme papel y pluma... Ya es hora de hacer ese testamento...

(MONTHOLON HACE LO QUE EL EMPERADOR LE INDICA Y ESTE SE DISPONE A ESCRIBIR APOYANDOSE EN SU PROPIO CUERPO, PERO ANTES...)

¡Esto ya no es vivir, sino vegetar...! La cama, para mí, ha llegado a ser un lugar de delicias que no cambiaría por todos los tronos del mundo. ¡Qué cambio! ¡Qué bajo he caído!... Hasta alzar los párpados me cuesta trabajo.. Me parece que estoy desertando del campo de batalla...

Montholon.- No, Sire... estáis enfermo. Lo que paso es que no queréis cuidaros.

Napoleón.- ¡Y que importa ya un día más o un día menos! Esto se acaba.

Montholon.- Pero, Sire, si antes decíais...

Napoleón.- Bah, no haced caso nunca de un moribunda. Ocurre igual al entrar en combate... todos muy valientes... y por dentro montañas de miedo... Debe ser la oscuridad, esa terrible oscuridad que hay detrás de la muerte... (pausa). Pero, yo quiero despedirme. Quiero entrar en la gran noche con los ojos abiertos... un general en jefe debe dar siempre ejemplo.

Montholon.- Por favor, Sire, por qué no tratáis de descansar?

Napoleón.- ¡Porque no! Porque si cierro un ojo se me meten los austriacos en casa... ¿Recordáis el día de Essling? Aquel descanso mío pudo costarnos caro a todos... Ante el enemigo hay que estar siempre vigilante.

Montholon.- Los demás podemos vigilar por vos.

Napoleón.- No, mi amigo. Cuando la batalla está a punto de comenzar y el sol apunta en el horizonte el general tiene que repartirse entre todos y cuidar personalmente cada detalle... (pausa). Pero, dejemos estas cosas y vamos a lo principal.

(COMIENZA A ESCRIBIR AL TIEMPO QUE VA HABLANDO)

“Hoy, 15 de abril de 1821, en Longwood, Isla de Santa Elena. Este es mi testamento o acto de mi última voluntad. Muero en la religión apostólica y romana, en el seno de la cual nací, hace más de cincuenta años”...

(SE DETIENE, MIRA A MONTHOLON QUE SE HA SENTADO A SU LADO Y DICE)

Ya sé que estáis pensando que he claudicado, pero... así lo exige el futuro. La Iglesia es demasiado poderosa...

Montholon.- No pensaba, Majestad, en eso.

Napoleón.- Bueno, pero otros muchos lo pensarán. Pero no me importa. (Luego, sigue escribiendo y hablando). “Deseo que mis cenizas descansen a orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés al que tanto he amado...” (Levantando la pluma). Si los ingleses os dejan llevaros mi cadáver, por supuesto. (Luego sigue)

Recomiendo a mi hijo no olvidar jamás que ha nacido Príncipe francés y no prestarse a ser un instrumento entre las manos de los triunviros que oprimen a los pueblos de Europa. Nunca debe combatir ni perjudicar de manera alguna a Francia, sino adoptar mi divisa: todo por el pueblo francés.

“Yo muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su sicario; el pueblo inglés no tardará en vengarme...”

(DE PRONTO TIRA LOS PAPELES Y LA PLUMA, SE TIENDE EN LA CAMA Y SE TAPA LA CABEZA, ANTES DICE)

¡A la mierda todo! ¡Estoy cansado! Dejadme solo.

(MONTHOLON RECOGE DESPACIO EL PAPEL Y LA PLUMA Y SALE. LUEGO, SE AAGAN LAS LUCES GENERALES Y UNA ROJA ILUMINA DESDE ABAJO EL CABALLO DE MADERA. ENTONCES SE OYEN A LO LEJOS VARIOS CAÑONAZOS Y A UNA MUSICA GUERRERA. TRANSCURRIDOS UNOS SEGUNDOS SE APAGA LA LUZ ROJA Y SE ENCIENDEN LAS GENERALES. ESTAN EN ESCENA- ALREDEDOR DE LA CAMA DEL EMPERADOR- EL CONDE, LA CONDESA, MARCHAND Y EL OTRO. CASI EN LA PUERTA DE PIE, EL GOBERNADOR, HABLA NAPOLEON)

Napoleón.- (con voz apagado y sin darse cuenta apenas de lo que dice).
Voy a morir. Sed fieles a mi memoria los que habéis compartido el destierro. Por desgracia, las circunstancias eran severas. Me he visto obligado a castigar con rigor, a demorar las cosas... llegaron los reveses... no pude dar a Francia las instituciones liberales que le tenía destinadas... pero... sed fieles a la gloria que hemos adquirido... el futuro es vuestro. ¿Puedo tomar una cucharada de café?

Montholon.- No, Sire.

Napoleón.- ¿Ni una cucharada?

Montholon.- Ni una cucharada, Sire. Tenéis el estómago demasiado irritado...

Napoleón.- ¿Qué hora es?

Montholon.- Casi las cinco de la tarde, Sire.

Napoleón.- ¿Es verdad que ha llegado un barco?

Montholon.- Sí, Majestad.

Napoleón.- ¿Y qué ha traído?

Montholon.- Ganado.

Napoleón.- ¿Cuántos bueyes?

Montholon.- Doscientos.

Napoleón.- ¿Y cabras?

Montholon.- Ninguna.

Napoleón.- Entonces ¿qué hace el 7º de línea?

Monthlon.- Sire...

Napoleón.- ¿Dónde está Lannes?

Montholon.- Sire, ha traído naranjas.

Napoleón.- ¿Por qué no ataca ya Ney?

Montholon.- Sire, naranjas.

Napoleón.- ¿Puedo tomar una cucharada de café?

Montholon.- No, Sire. No puede ser.

Napoleón.- Decid a Josefina que venga, no quiero morir sin verla.

Montholon.- Sí, Sire.

Napoleón.- Montholon, acercaros... yo me voy... cuidadme esa niña...

Montholon.- No os preocupéis, Sire.

Napoleón.- Marchand, mi fiel Marchand...

Marchand.- (llorando) Sí, Majestad.

Napoleón.- Oh, la muerte... poneos delante, no quiero verla. Estoy solo.

Montholon.- No, Sire. Estamos todos con Vuestra Majestad.

Napoleón.- Francia... Ejército... Josefina.

Montholon.- ¡Sire!

Napoleón.- ¡Hijo mío! (y muere)

Todos.- ¡Sire! ¡Sire!

(Y CADA CUAL PRORRUMPE EN SOLLOZOS AL TIEMPO, QUE TODOS CAEN DE RODILLAS EN TORNO A LA CAMA)

Montholon.- (con voz profunda) Su Majestad el Emperador Napoleón ha muerto ¡Viva el emperador!

Todos.- ¡Viva el Emperador!

(ENTONCES EL GOBERNADOR SE ADELANTA, SE ACERCA AL CADAVEZ Y DICE)

El Gobernador.- Ha muerto el mayor enemigo que teníamos Inglaterra y yo... Pero, ¡fue un gran enemigo! (y se retira)

(DE PRONTO, Y SIN QUE NINGUNO DE LOS ARRODILLADOS SE MUEVA NAPOLEON SE LEVANTA Y DESPACIO, MUY DESPACIO COMO FLOTANDO EN LA ETERNIDAD, PASA POR ENTRE ELLOS Y SE VA HACIA EL CABALLO DE MADERA. MONTA Y COMIENZA A CABALGAR, PRIMERO SUAVE, LUEGO A PRISA. CUANDO YA ESTA LANZADO EL BALACIN NAPOLEON LEVANTA SU MANO DERECHA Y EXCLAMA)

Napoleón.- ¡Dessaix! ¡Dessieres! ¡Duroc! ¡Murat! ¡Ney! ¡Massena! ¡Lerthier! ¡Lannes!.. ¡a la carga! ¡Son nuestros! ¡son nuestros! ... ¡corred!... ¡la victoria es nuestra!... ¡Vencemos!... ¡Vencemos!

¡Pueblos de Europa: levantaos contra la tiranía de los privilegios! ¡levantaos contra los que os dividen y os enfrentan!... Napoleón ha muerto, ¡Viva Napoleón!... ¡Bonaparte defiende la libertad que no admite fronteras!... ¡Oh, mi amada Francia, vístete con tus mejores galas y abre tus puertas de par en par!... ¡Sé tú, oh Francia, la madre de la nueva Europa! ... ¡Sé tú oh Francia, quien aunque las voluntades y encienda el fuego sagrado de la Unidad!... ¡Haz que las montañas se allanen y que los mares se aquieten!

¡Pueblos de Europa: levantad vuestra frente y huid de la etiqueta y de la esclavitud de la sangre!... Porque escrito está que por encima de la sangre estarán siempre la inteligencia y el trabajo! Ni Alejandro ni César se sucedieron en sus herederos... y a fe de Dios que ellos sí fueron unos grandes hombres. ¡Sed libres! ¡Sed iguales!...

Y convivid en la Patria común... (y grita) ¡Ah, mis valientes... la victoria es nuestra!... ¡Por nuestros hijos!... ¡Por la Europa unida que soñó Napoleón!... ¡Por el futuro!... ¡Viva la libertad!

(Y mientras grita va cayendo el telón)

FIN